

A.T.A

1173

DISCUSSIONS

OF THE HISTORY

OF THE

OF THE

OF THE

OF THE



M. 8108  
R. 3383

ATA  
1173

# DISCURSOS



LEIDOS ANTE LA

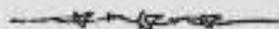
## ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL ILMO. SEÑOR

DON FRANCISCO COELLO Y QUESADA

EL DIA 27 DE DICIEMBRE DE 1874



MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚMERO 29

—  
1874

DISCURSOS

DE

LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

DE

1801

DISCURSOS

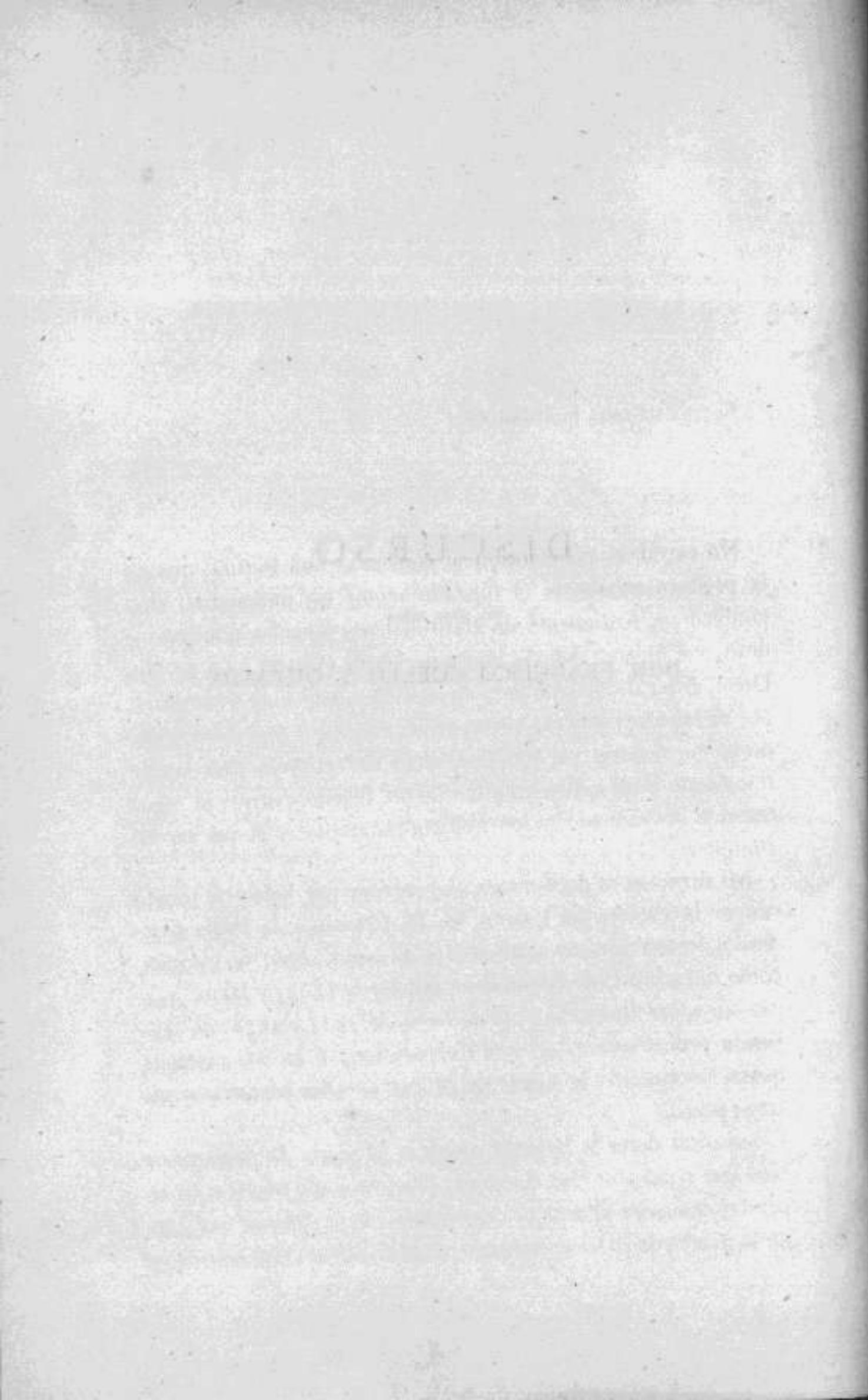
DE

DON FRANCISCO COLLADO Y QUEVEDO

# DISCURSO

DEL ILMO. SEÑOR

DON FRANCISCO COELLO Y QUESADA



SEÑORES ACADÉMICOS:

No extrañeis mi emocion al comenzar esta lectura, que no la produce solamente el fundado temor de molestaros, sino tambien un sentimiento de gratitud hácia aquellos que me rodean, y á quienes debo la honra de verme elevado á tal puesto. Otros, al ser designados para él, reciben la merecida recompensa por su talento y por sus obras; yo sé muy bien que debo considerar mi eleccion no más que como un estímulo para seguir trabajando y aprendiendo; y de ello me felicito, porque es seguramente la única obligacion que podría aceptar y la que espero cumplir.

Mi situacion es doblemente embarazosa por haberme tocado ocupar la vacante del Excmo. Sr. D. Francisco de Paula Cuadrado, decano durante muchos años de este Cuerpo. Su eleccion, como miembro Correspondiente, databa de 1823, y las de Académico supernumerario y de número, de 1825 y 1838; no existiendo probablemente en esta Corporacion, ni en sus análogas, quien haya tenido la suerte de ocupar en ellas asiento por tan largo plazo.

Sus altas dotes le hicieron alcanzar la gloria de distinguirse bajo tres conceptos bien distintos: primero como Marino, en repetidas ocasiones y, muy principalmente, en la defensa de Cádiz en la guerra de la Independencia; despues como Diplomático, en

multitud de cargos y comisiones, que desempeñó desde 1816, y últimamente como Académico, en numerosos informes y trabajos. En todos los que llevó á cabo, tanto aquí como en el Ministerio de Estado ó en otros particulares, resalta su carácter estudioso y su minuciosidad, y es sensible que no llegáran á ver la luz pública algunos que habia emprendido, y entre ellos una Historia del reinado de Cárlos IV.

Podeis tener el consuelo de haber utilizado por largo tiempo sus servicios, que premiásteis reeligéndole constantemente, desde 1845, para el cargo de Censor, y dispensándole otras merecidas distinciones. En cambio, no debeis abrigar la esperanza de que yo alcance á llenar ni una pequeña parte del inmenso vacío producido por su pérdida.

Sólo aspiro, y quizá sea sobrada jactancia, á imitar su reconocida laboriosidad; pero en vano me halaga la ilusion de que más se alcanza, á veces, con la voluntad y el trabajo que con el entendimiento y el saber: bien pronto reconozco que siempre serán mezquinos los frutos que produzca mi buen deseo, y, sobre todo, los que pueda utilizar esta ilustre Academia.

Más que mi personal cooperacion, serán aprovechables los numerosos datos sobre la Geografía general, y especialmente de la Península y sus provincias ultramarinas, que he logrado reunir, á costa de no escasos esfuerzos y sacrificios; pero, en verdad, no era preciso para ello que yo ocupase un puesto que debió reservarse á otros más dignos. Los datos que poseo hubieran estado siempre, como ahora, á disposicion de este Cuerpo, y ciertamente no faltan en él, para utilizarlos, verdaderas especialidades en Geografía, las cuales, con su fecunda inteligencia, no necesitaron dedicarse exclusivamente al estudio de esta ciencia para dominarla, ofreciendo al mundo literario abundantes y útiles resultados.

Nadie ha pretendido negar, ni áun desconocer, el evidente enlace de la Geografía con la Historia y la necesidad de los co-

nocimientos geográficos para ilustrar la vida y la marcha de las naciones. Si para formar juicio de los sucesos que pasan en nuestra época y casi á nuestra vista, nos es forzoso tener datos gráficos y descriptivos de los territorios en que ocurren, ¡cuánto más no ha de serlo para aquellos que tuvieron lugar en épocas lejanas y de los cuales no han quedado sino noticias incompletas ó confusas, á veces sólo las envueltas en oscura tradicion! En tales casos los estudios geográficos no son únicamente necesarios para comprender y seguir la marcha de los acontecimientos, sino indispensables para explicarlos, y hasta para adivinarlos en muchas ocasiones.

Si á los habitantes de algunas naciones de historia ménos gloriosa, pero acaso más felices que la nuestra, les basta casi con el estudio peculiar del territorio, más ó ménos extenso, en que han tenido su asiento y donde han ido desarrollándose, para los españoles, que llevaron sus armas triunfantes por gran parte de la Tierra, es forzoso el conocimiento de la Geografía general. La historia exclusiva de ésta, ó sea de sus descubrimientos, resume los hechos más culminantes en un largo período de la Historia de España, tan íntimamente relacionada entónces, para gloria nuestra, con la del Mundo entero. Notable porcion de él fué descubierta, conquistada y colonizada por nuestros antepasados, y siempre se contarán entre las páginas más brillantes de los anales patrios las que describan esos viajes y atrevidas exploraciones, así como, entre sus hijos más ilustres, aquellos que las llevaron á cabo.

En nada se disminuye tal gloria porque no fuese español el gran Cristóbal Colon, iniciador de tan arriesgadas navegaciones: aunque á mi juicio español era sin duda; hijo fué de España, única nacion que le recibió como madre. Hermanos de Colon, españoles fueron los que despues del fracaso de sus planes, calificados de locuras en otros países, le apoyaron, dándole los medios de realizarlos, y le acompañaron en su aventurada empresa, sin que nadie tratára de disputarle su legítima gloria como

se la disputó en cambio su compatriota Américo Vespúcio quien, ayudado por la Fortuna, siempre ciega y en esta ocasion injusta, le robó el derecho de imponer su nombre al Nuevo-Mundo, adivinado por su génio, y descubierto gracias á la intrepidez y carácter emprendedor de los españoles.

Siguiendo el ilustre ejemplo de Colon, se lanzaron á nuevas exploraciones, entre otros ciento, Alonso de Hojeda, Vicente Yáñez-Pinzon, Vasco Núñez de Balboa, primer descubridor del grande Océano Pacífico, Pedro Árias-Dávila y Hernando de *Magalhães* ó Magallanes, portugués de nacimiento, pero al servicio de España; y á Sebastian del Cano le cupo la gloria de rodear el primero la Tierra, tornando á España por distinto rumbo que á su salida, como para tomar posesion de lo que un tiempo fué patria comun de los españoles: el Mundo.

Alentados hoy por nuestro abatimiento y, más aún, por nuestra indolencia, no sólo olvidan tan sorprendentes hechos los extraños, sino hasta quieren disputarnos la gloria de aquellas atrevidas expediciones: los nombres españoles consignados en los mapas del Universo, como testimonio de las tierras ó islas visitadas primero por ellos, van desapareciendo ó adulterándose de una manera lastimosa. Ménos doloroso es lo primero cuando se sustituyen por los que dan los indígenas á las respectivas regiones; pero en muchos casos se ven aquellos reemplazados con denominaciones impuestas á capricho por navegantes extranjeros, que intentan de esta manera disputar, ó hacer olvidar al ménos, la prioridad de nuestro descubrimiento. Así sucede en muchos puntos de las costas de África, América y Asia, y en la multitud de islas de que está sembrado el Pacífico, señaladas muchas de ellas desde las primeras expediciones del mismo Magallanes, de las de Mendaña, Quirós y Torres, y reconocidas las demás en navegaciones posteriores. Hoy dia figuran, casi más que con su nombre indígena de *Hauái*, con el de islas de Sandwich, las descubiertas desde 1555 por el piloto Juan Gaytan y llamadas ántes de Mesa. En otros casos, la denominacion antigua se desfigura

de tal modo que es difícil reconocerla, y como uno más, entre los muchos ejemplos que pudiera citar, señalaré el de las islas de los Ídolos, en la costa occidental de África, nombradas solamente islas de Los en todos los mapas. Apesar de esto, los pocos nombres primitivos que van quedando en ellos son verdaderos legados á la Historia, y muestra suficiente del atrevimiento é indomable fortaleza de los españoles; semejantes á los padrones que levantaban nuestros vecinos de Portugal, en las costas á que abordaban, para tomar posesion de sus territorios y dejar memoria de su descubrimiento. No han sido menores los esfuerzos de esta nacion, émula gloriosa de España en la época de aquellas navegaciones; pero no han de contarse aparte, porque, si bien en muchos casos ambos pueblos han estado regidos, como lo están hoy dia, bajo diferentes cetros, no han dejado, ni dejarán por eso, de constituir una sola raza y una misma nacionalidad. Nuestras desdichadas discordias, la torpeza de nuestros gobiernos, podrán mantenernos separados; pero siempre dentro de una misma tierra. Dios no puso en ella verdaderos límites; nos formó semejantes en la tenacidad del carácter, en la viveza de la imaginacion, en la altivez del ánimo. La separacion fué obra de los hombres, y obra divina la union innegable de ambos pueblos. ¿Cuál ha de prevalecer?

Ni son ménos sorprendentes que los descubrimientos marítimos, los terrestres llevados á cabo por nuestros antepasados: las vastas extensiones de América fueron cruzadas en varios sentidos, luchando con dificultades de todo género, y al lado de los nombres de los grandes conquistadores Hernan-Cortés y Pizarro, cuya gloria no tiene rival en el mundo, aunque se hayan buscado con más afan sus lunares que sus hazañas, porque la envidia aborrece lo hermoso y se recrea en lo deforme, podrian citarse los de otros muchos, ménos conocidos, pero no ménos intrépidos. Y las expediciones de unos y otros no se emprendieron solamente por afan de gloria, por ánsia de conquistas ó por codicia del oro, sino en la mayor parte de los casos por el justo

deseo de civilizar á tribus errantes, de convertirlas á nuestra sagrada religion, y en no pocos por el estímulo de estudios esencialmente científicos. ¡Cuánto de esto último no se debe á oscuros caudillos, ó humildes misioneros; y cuántos y cuán grandes descubrimientos en las ciencias físicas y naturales no se hicieron por unos y otros, aún cuando se hayan perdido por nuestro abandono ó estén sepultados bajo el polvo en nuestros mal explorados archivos! No pocos extraños alcanzaron inmerecida gloria con esas mismas investigaciones, hechas por españoles primero, y en algunos casos utilizando aquellos sus preciosas noticias, como se utilizan hoy en descripciones y mapas que se ostentan con ajeno atavío, ocultando maliciosamente el nombre y el trabajo de sus verdaderos autores. Triste es en verdad tal usurpacion, pero lo es más todavía que no nos apresuremos á reivindicar esas glorias, siendo á veces más celosos de nuestra honra algunos extranjeros que han sabido hacernos justicia. ¡Cosa rara! Fueron siempre los hijos de España más amantes de la gloria que cuidadosos de conservar la que adquirieron: para lo uno, no han perdonado fatiga; para lo otro, la menor les parece intolerable.

¡Cuántos nombres comparables á los de *Livingstone* y *Barth* se contarían entre los descubridores del interior de América si nosotros, léjos de mirarlos con indiferencia ó de seguir la conducta que tan gráfica y exactamente pinta el conocido apólogo de la cucaña, hubiéramos tratado de inmortalizarlos, como justísimamente hacen los extraños con sus compatriotas! Tal vez la explicacion de esta conducta se halla en que los españoles han sido siempre capaces de los mayores esfuerzos y sacrificios, y por lo mismo no excitaba admiracion lo que entre ellos era comun y frecuente. En tales expediciones no sólo brillan los nuestros por su tenaz energía y su valor heróico; enalzácenlos su nunca desmentida sobriedad y la inflexible constancia en apurados trances; jamás decae su ánimo ni languidece su alegría, rasgo distintivo de carácter que les hizo siempre más simpáticos á las poblaciones que han visitado, y que fué para ellos el mejor auxiliar

en tan atrevidas empresas. Si hoy, adormecidos por fatal letargo y sumidos en miserables contiendas civiles, no hubiéramos abandonado todo estudio formal, todavía lucharíamos ventajosamente con los ilustres extranjeros que, animados de celo infatigable, van corrigiendo ó llenando los claros que existen aún en los mapas del Globo, principalmente en el centro de África y en las regiones polares, puesto que ya hemos demostrado en muchas ocasiones que la energía de nuestro temperamento resiste igualmente el ardiente clima de los Trópicos que la crudeza de las regiones glaciales.

Ya que he nombrado el África, no dejaré de consignar que también se distinguieron muchos españoles en su reconocimiento, habiéndola cruzado del Senegal á Egipto desde mediados del siglo XIV, según consta en viajes inéditos de aquella época, de que ha dado noticia recientemente el Sr. Jiménez de la Espada; y todavía brillaron más los Portugueses, atravesando por el Sur, de costa á costa, varios exploradores que rivalizaron con las sorprendentes expediciones modernas, las cuales sólo han logrado confirmar ó corregir los detalles de aquellos viajeros, gracias á la mayor perfección de los instrumentos y medios empleados. Es bien extraordinario que en mapas publicados en Portugal á principios del siglo XVI, se hallen representadas la parte central del África y la región de los grandes lagos, mucho más fielmente que en los posteriores, y que se observen en ellos analogías singulares con los que han trazado los viajeros modernos, circunstancia que no puede ser casual y sí debida á expediciones y viajes de los que no ha quedado ni memoria.

Desgraciadamente al dedicar nuestra raza toda su actividad á descubrir, estudiar, someter y poblar otras partes del Globo, y principalmente lo que se llamaba el Nuevo-Mundo, descuidamos el estudio de nuestro propio suelo, negligencia mucho más lamentable en épocas próximas á la presente, porque todavía en tiempos de Felipe II se hicieron grandes y felices esfuerzos para obtener una descripción escrita y gráfica de la Península. Tal

falta de estudios y conocimientos explica bien las dudas en muchos puntos de nuestra historia, que hoy carecen de la ilustración necesaria. Aunque se ha escrito mucho desde tiempos antiguos, y discutido, tal vez con exceso, sobre diversos asuntos, comparando é interpretando añejos códices, se ha prescindido en general de buscar las aclaraciones donde debían hallarse, combinando el estudio de los textos con el del territorio que describían, ó en el que ocurrieron los hechos que narraban. Nada más útil y esencial que acompañar los trabajos descriptivos con trazados gráficos que los expliquen y completen, y mucho se habría adelantado para la recta inteligencia de los antiguos escritos de historiadores y de los geógrafos Estrabon, Mela, Plinio, Ptolomeo, Festo-Avierno y otros, si se hubieran trazado mapas especiales que los ilustráran á cada uno de por sí.

Ejemplo práctico de esto se halla en la interpretación del Itinerario de Antonino, uno de los documentos más interesantes para el conocimiento de la geografía romana de la Península, mucho más exacto en cuanto á distancias, á pesar de los errores de los copistas, que casi todas las guías de caminos publicadas hasta los últimos años; interpretación que adelantó notablemente con el trabajo presentado á su ingreso en esta Academia por uno de sus dignísimos miembros, secundado muy eficazmente por otro igualmente distinguido. La necesidad de sujetarse á una representación gráfica, unida á la ilustración de sus autores, les hizo prescindir por completo del sistema seguido por los anteriores comentadores de la parte española del Itinerario, quienes buscaban aisladamente la situación de los pueblos de las diferentes rutas, sin ocuparse de las distancias que los separaban, ni de la posibilidad ó conveniencia de enlazarlos entre sí y de completar, de este modo, las comunicaciones. Los vestigios de éstas debieron buscarse siempre en el terreno, más bien que fatigando la imaginación para hallar analogías, ya fuesen de sonido, ya de significación, y á veces de otro género, entre los nombres de los pueblos hoy conocidos y los de las mansiones de

aquellas vías. Antiguamente este trabajo hubiera sido más fácil, porque subsistian íntegras muchas calzadas, con gran número de sus miliarias en pié, sin que las necesidades del cultivo ó la construcción de otras obras, para las que se destruyeron los antiguos caminos, hubiesen borrado grandes trozos de éstos.

Las monstruosas irregularidades que resultan de algunos de aquellos trabajos, hubieran saltado á la vista si aparecieran marcados los caminos en un mapa; pero se ocultaban, á causa de su falta, y por si llegaba á notarse alguna, se acudia al manoseado recurso de que las vías romanas no tenían por objeto buscar los trayectos más cortos y convenientes, sino el de enlazar las poblaciones que á sus fines interesaba, arraigándose en muchos, y no habiendo desaparecido todavía, la creencia de que todos daban repetidos rodeos. Así puede juzgarlo, en efecto, el que atienda á los trazados tales como se describieron, ó el que se concrete á estudiar aisladamente una de las comunicaciones del Itinerario de Antonino, sin mirar al conjunto de ellas, y aún á otras vías cuya existencia es indudable aunque no figuren en esta recopilación, á la que falta muchísimo para ser completa, y sobre todo para estar bien ordenada, aún cuando se la considere limitada á las vías que constaban en el registro del Pretor ó, como diríamos hoy, á las carreteras del Estado. Para ejemplo, citaré la vía de Mérida á Zaragoza, que se dirige primero al Norte por Cáceres y Salamanca hasta Zamora; que luego tuerce al Este hácia Simáncas, cerca de Valladolid; se inclina despues al Sudeste por Segóvia, y, por el Occidente de Madrid, llega á *ITÁLICA* (\*), ó Bayona de Tajuña, para torcer de nuevo al Nordeste hasta alcanzar á Zaragoza, tocando en Guadalajara, Sigüenza y Calatayud. Así considerada, esta vía es absurda; pero se comprende, desde luego, que está formada con varios trozos de otras comunicaciones, todas interesantísimas y admirablemente

---

(\*) Véase el final de la Advertencia que sigue á los Discursos.

proyectadas: sus secciones siguen paso á paso la traza de ferrocarriles estudiados, como los más fáciles y convenientes y, gran parte de ellos, ya en explotación hoy día.

Yo creo que no hay estudio tan interesante, para aclarar la Historia, como el de las antiguas comunicaciones. Por ellas se verificaron siempre las invasiones extrañas y las marchas de los ejércitos, ya en las expediciones ofensivas, ya en los avances y retiradas de la defensiva; á su lado tuvieron lugar las principales batallas, y se hallan siempre las poblaciones más importantes, las más nombradas en la Historia, porque las anteriores á la construcción de las vías obligaron á éstas á tocar en ellas, y las otras se fundaron ó engrandecieron merced á las ventajas y á las facilidades que daba la comunicación existente. Y no hay que atender sólo á los caminos considerándolos definitivamente establecidos, con calzadas más ó ménos importantes, sino á los anteriores que, en su origen, abrió el tránsito de los naturales y que más adelante ensancharon y perfeccionaron las necesidades de la guerra ó las del comercio; siguiendo en general las primeras calzadas el trayecto de las sendas primitivas, y casi naturales, entre unas y otras regiones. Por eso su trazado es el más perfecto; por eso olvidadas durante muchos años las vías que construyeron los fenicios, cartagineses y romanos, sirvieron, sin embargo, más tarde como caminos principales por los cuales se efectuaba el tráfico, casi exclusivamente de arriería, abriéndose al lado, en los terrenos firmes, veredas ménos duras y penosas al tránsito, pero volviendo á las sólidas calzadas en los sitios húmedos ó en épocas de lluvias. Siguiendo las mismas vías antiguas, se trazaron bien recientemente las nuevas carreteras aprovechando en muchos casos gran parte de los materiales, para sus obras y firme, y hace bien poco, y coincidiendo todavía más con el trazado de aquellas, se construyen ó proyectan los ferrocarriles. Bien ajenos marcharán hoy en sus cómodos wagoes la mayor parte de los

viajeros, de que precisamente por los mismos parajes cruzaban en sus expediciones los primeros pobladores de nuestra patria, las ordenadas legiones romanas y los impetuosos escuadrones árabes con los cuales sostuvimos tan porfiadas y sangrientas guerras.

Temeridad parecerá en mí querer decir algo sobre este asunto despues del trabajo á que ántes me he referido, y todavía se creerá mayor cuando manifieste que pienso ocuparme del sistema general de comunicaciones, comprendiendo no sólo las que detalla el Itinerario de Antonino, sino tambien las señaladas en otros textos antiguos, y áun de aquellas vías cuya existencia consta por vestigios indudables ó por datos más ó ménos seguros. Sin embargo, estoy muy léjos de aspirar á presentar un trabajo completo; y mi ambicion se limita á ofrecer algunas piedras, toscamente labradas, para la construccion de un edificio que tanta utilidad proporcionará si algun dia se levanta, sin pretender siquiera ponerlas en su lugar, sino dejando su atinada colocacion á más hábil arquitecto. No he sabido resistir al deseo de comunicar algunos datos que habia reunido para el estudio geográfico de nuestro territorio, los cuales he adicionado, en estos últimos meses, con otras investigaciones hechas para ofrecer más apoyo á mis notas é ideas anteriores.

Sin duda habré alarmado á mis oyentes, á pesar de las anteriores salvedades, con la amenaza de describir una por una las antiguas vías de la Península, y debo apresurarme á tranquilizarlos. Conociendo la aridez del asunto, y comprendiendo, sobre todo, que carezco de dotes para disimular en lo más mínimo sus asperezas, me limitaré á apuntar ahora las bases generales de mi trabajo, dejando la explanacion de los detalles de trazado, en aquellas vías cuya existencia conozco, y los datos en que fundo mis apreciaciones, para una obra cuya impresion me propongo empezar inmediatamente. Así, el que no quede sobradamente escarmentado y fatigado con esta primera parte, podrá acudir á esa publicacion, donde se encontrarán, al ménos, numero-

esos datos que utilizará quien los examine con mejor criterio.

De todos modos, necesitaré de la mayor benevolencia por parte del auditorio; y como en él se encuentran bondadosísimas señoras, les suplico y deseo, ya que voy á hablar especialmente de cosas de romanos, que tengan la fortaleza de aquellas matronas para no rendirse al cansancio, seguro de que entónces los del otro sexo no han de querer mostrarse ménos sufridos. Unas y otros podrán consolarse tambien con la seguridad de que, despues de mi lectura, han de escuchar ideas más agradables, y conceptos elevados, expuestos además con galana frase.

Poco tendré que decir, sobre todo aquí, respecto de las vías descritas en el Itinerario de Antonino: la mayor parte de ellas han sido colocadas, con datos indudables y con excelente criterio, en el Discurso á que más de una vez hice referencia. De los treinta y cuatro caminos que comprende este interesante documento de la antigüedad, y entre los cuales hay algunos trozos repetidos y otros que, en cambio, deben dividirse en varias secciones, como sucede en realidad al que ántes he citado de Mérida á Zaragoza, sólo existen cuatro porciones cuyo trazado es muy dudoso: éstas son, las de **CLVNIA**, ó Coruña del Conde, á Astorga; de Toledo á Mérida; de Mérida á **ÉVORA**, y de **SALTIQI**, ó sea Chinchilla, á Zaragoza. En otros once trozos, que no me detendré á señalar, se ofrecen algunas dudas, pero de menor importancia, limitadas á una zona más estrecha, y casi á los que pueden considerarse detalles de trazado: aún de éstos, dos de ellos, el de **TVRRES** á **ÍLICI** ó Elche del Réino, en la línea principal de Cartagena, y el de Astorga á Cháves, han sido ya casi resueltos; el primero gracias á las indagaciones debidas á la inteligencia del sabio Académico D. Aureliano Fernández-Guerra, y el segundo con el trabajo presentado recientemente por el Ingeniero de caminos D. Enrique Gadea, sobre la primera parte de aquella vía.

Acerca de las secciones más dudosas me permitiré hacer algunas consideraciones, empezando por reconocer que, si bien difiero de la opinion sustentada en el meditado trabajo del ilustrado Académico é Ingeniero D. Eduardo Saavedra, no hay datos bastantes para formar un juicio exacto, y que, así, presento mis ideas con gran desconfianza y como otras soluciones del problema, más conformes, á mi juicio, con los datos existentes y con algunos indicios que pueden utilizarse. En las cuatro secciones citadas hay sin duda equivocaciones en el texto, y tal vez falta de alguna mansion, resultando corta en todas ellas la distancia señalada, respecto de la que separa los puntos extremos, que son indiscutibles.

En la primera, de **CLVNIA** á **ASTVRICA**, la parte verdaderamente dudosa es entre Róa ó, más bien, entre las Pínzas de Castilla y Benavente. La solucion que yo propongo se acomoda á las indicaciones del anónimo de Ravena, que cita á **INTERCATIA** entre **CAVCA** y **PALANTIA**, y con la descripcion de las guerras del pretor Luculo en aquella zona. Éste, despues de la rendicion y traidora matanza de Coca, pasó á la expugnacion de **INTERCATIA**, que no pudo rendir, y tambien siguió á Paléncia. Tales datos dejan, á mi entender, fuera de duda que **INTERCATIA**, poblacion antigua que por su misma celebridad han pretendido heredar varias modernas, debió encontrarse hácia Valladolid y probablemente muy inmediata. Aquí resultan bastante bien las distancias del camino, partiendo de **CLVNIA**, el cual, empalmando luégo cerca de Simáncas, continuaria por otros del Itinerario para llegar á Benavente y Astorga. No es esto negar la existencia de una vía más directa desde **CLVNIA** por Paléncia, hasta donde existen bastantes vestigios, y que se prolongaba en derechura á Benavente, segun se presumia por algunos datos y ha corroborado ahora el reconocimiento de este trozo, practicado por el Ingeniero D. Cipriano Martínez y González.

Para la segunda seccion dudosa, entre Toledo y Mérida, yo adopto el trazado que lleva la vía á empalmar en Almaden, pa-

sando cerca de Luciana, pueblo en cuyo término hay diversas ruinas romanas y que conserva casi el nombre de la mansion LEVCIANA, hallándose en esta direccion un antiguo camino llamado de la *Plata*, como otros varios de esta zona, entre Castilla y Andalucía, que son conocidamente romanos. Algunos creen que debieron tal nombre á la circunstancia de verificarse por ellos las conducciones de la plata, que se traia de América; otros lo atribuyen á ser vías *latas* ó anchas, como la famosa de Mérida á Salamanca, que se denomina así más generalmente, y desde antiguo. El Sr. de Saavedra, acaso con mayor fundamento, lo deriva de la palabra árabe *balat* que indica lo igual y suave del piso, deduciendo de la misma el nombre de *Albalate* y sus análogos, que pueden ser indicios de la proximidad de caminos romanos.

Segun mi trazado, la distancia entre Toledo y Almaden es precisamente la que marca el Itinerario de Antonino hasta Mérida, adonde se llega por otra vía, comprendida en el mismo documento, y cuya seccion se ha omitido como sucede tambien en otros casos. El anónimo de Ravena, que me sirvió de auxiliar para el camino anterior, me confunde en el presente, porque, en una série de sus nombres, intercala dos mansiones de esta vía con varios pueblos que marcan otra indudable entre Mérida y Toledo, pasando por Trujillo y Talavera. No me detendré á manifestar la explicacion que hallo posible, limitándome á decir que es casi seguro que, además de las dos comunicaciones indicadas entre Mérida y Toledo, existieran otras intermedias cruzando los puertos Marchés y de San Vicente.

El trozo entre Mérida y Évora, aunque reducido en extension y cuyo trazado puede variar solamente en estrecha zona, no es el ménos dudoso, pero no merece que me detenga á señalarlo aquí, y pasaré á ocuparme de la última seccion citada entre Chinchilla y Zaragoza.

El Sr. Saavedra creyó que esta línea podria explicarse mejor llevándola de Sagunto á Calatayud, por Teruel, y así,

aprovechando trozos de otras vías, enlazaba con rodeos los dos extremos de ella. Conviniendo en la posibilidad, puesto que también hay caminos romanos en aquel trayecto, yo creo que la dirección de la incluida en el Itinerario era casi recta; y me fundo en que existen vestigios auténticos, en tal sentido, por el Norte de Chinchilla, en el paso del Júcar y hasta muy cerca de Iniesta; igualmente los hay en la parte más septentrional, en el llamado hasta hoy Campo Romano, al Este de Daroca, y en Cariñena. Fijos con plena certeza ambos extremos, la topografía de aquella comarca nos lleva, como por la mano, al trazado intermedio que forzosamente ha de pasar por Cañete, ó sus inmediaciones, marchando por entre Teruel y Albarracín para buscar el valle del Jiloca y empalmar luego con el trozo también indudable.

Aunque me constaba la existencia de una miliaria en Albarracín, había yo creído por mucho tiempo que la vía no tocaba en esta población, si bien pasaría poco distante de ella y en su intermedio con Teruel, pudiendo haber sido transportada dicha piedra de algún sitio próximo; pero un detenido estudio de otros antecedentes, esencialmente históricos, me hizo comprender luego, por la importancia que tuvo Albarracín en los siglos medios, por haber sido designada para Silla episcopal y por marcarse constantemente como punto de paso en las expediciones de la Reconquista, que el camino tocaba en la misma ciudad separándose del tránsito más fácil, según las condiciones topográficas, al valle del Jiloca, tal vez para acercarse á las importantísimas minas de hierro que hay al lado, en la sierra de las Menéras, como se buscó, en la parte Sur de esta línea, el paso por las minas de sal de **EGELESTA**, tan famosas desde la más remota antigüedad.

Establecido así el trazado, se halla muy conforme con el texto de Estrabon quien, describiendo la vía del Pirineo á **CAS- TULO**, por cierto no comprendida, en uno de sus trozos interesantes, en el Itinerario de Antonino y cuya existencia y trazado

ha venido á confirmar recientemente el hallazgo de los Vasos apolinales, expresa que, en lo antiguo, el camino se apartaba más de la costa, marchando por terreno escabroso y pasando por **EGELÁSTAS**; camino que se prolongaba también hasta la nueva **CARTHAGO**, habiendo demostrado numerosos vestigios, y algunas miliarias, la existencia de esta segunda parte, que tampoco se encuentra en el Itinerario y que iba rectamente de Chinchilla á Cartagena, pasando al Occidente de Múrcia. Generalmente se ha colocado á **EGELESTA** en Iniesta, por la asonancia del nombre, y allí existen minas de sal análogas á las de Minglanilla.

El camino entre Chinchilla y Zaragoza es, en grandes trozos, el que se ha llamado constantemente carril de la Mancha á Aragon; el que han seguido los extremeños en su tráfico y el que recorrió el *héroe manchego*, según la ilustrada opinion de los Sres. Caballero y Fernández-Guerra. La pericia geográfica de Cervántes, su conocimiento del territorio en que estableció el campo de las hazañas del para siempre famoso Don Quijote, se ve una vez más confirmada al señalar una de las vías romanas, únicos caminos que entónces eran transitables, para la marcha del asendereado caballero andante y de su graciosísimo escudero.

Saliendo ya de las vías designadas en el Itinerario de Antonino, pasaré á indicar brevemente las que ofrece el anónimo de *Ravenna* ó Ravena, que he tenido ocasion de citar. Su llamada Descripción del Orbe, que en la parte de nuestra España supone tomada de varios escritores, se reduce á una mera recopilacion de nombres; pero con la circunstancia de que todos los de poblaciones se refieren á verdaderos itinerarios, y el más ligero exámen basta para convencerse de que no se han consultado obras descriptivas sino estados de comunicaciones ó más bien trabajos esencialmente gráficos. En mi concepto se escribió

teniendo á la vista un trozo análogo á los que conocemos de la tabla Peutingeriana, en la que desgraciadamente casi nada se encuentra de la parte referente á España. De las varias razones que tengo para opinar así, me concretaré á indicar solamente la de que entre los pueblos citados por el Ravenate figura DECIANA, que no expresan el Itinerario de Antonino ni los Vasos apolinales.

De los doscientos setenta y nueve nombres diversos de poblaciones que cita el texto de que me ocupo, escritos la mayor parte con grande incorreccion, ciento ochenta y ocho pertenecen tambien á mansiones del mismo Itinerario, variándose alguna vez su órden y combinándose con otros que indican nuevas soluciones para algunas vías dudosas. Veinte y tres más corresponden claramente á mansiones omitidas en el resúmen de Antonino y que deben interpolarse en él, ó tal vez á ramales que empalmaban en aquellas comunicaciones. Los sesenta y ocho restantes son ajenos á este trabajo, y denotan evidentemente diversos caminos omitidos en dicha recopilacion. Así lo comprueba la existencia de numerosos y patentes vestigios de casi todas las vías que señalan estos puntos, y, por lo tanto, hay sobrada razon para suponer que corresponden tambien á itinerarios los nombres de otros pueblos ó mansiones que son ménos conocidos.

La primera línea que marca de un modo indudable el Ravenate, es la de Valéncia á Cartagena por la costa, empalmado por bajo de Elche con el camino más interior que enlazaba ambos puntos; línea que tambien describe el geógrafo árabe Edrisí apellidado el Nubiense. Interpolados con otros, aparecen en el texto del primero los nombres de PÓRTUM-SVCRONE, DIÓNIO y LVCÉNTES, que corresponden á la desembocadura del Júcar, Dénia y Alicante; y la mezcla ó confusion de varios de ellos con las mansiones de la otra vía revela tal vez la existencia de ramales que las enlazaban, de los que alguno aparece muy probable por otros datos. Además esta mezcla de

nombres no tiene nada de extraña suponiendo que están tomados de una hoja semejante á las que existen de la Tabla de Peutinger, porque en ella se desfiguran de un modo absurdo los territorios, señalándose como paralelos áun los caminos más divergentes, y siendo fácil aplicar á uno, é intercalar con los suyos, los nombres que pertenecen á los laterales.

La citada comunicacion se prolonga por otra en que se nombran, despues de Cartagena, á **BÁRIA** y **ABDERA**; y esto, unido á la conocida existencia de miliarias en Mazarron, demuestra que el camino, muy inmediato á la costa, iba salvando algunos de los contrafuertes próximos á ella para llegar á Vera ó sus inmediaciones, donde yo creo se hallaba la antigua **BÁRIA**. Aquí concuerda con la posicion que le asignan las tablas de Ptolomeo, aunque sé demasiado lo poco que debe fiarse en sus graduaciones, y tambien se halla el mismo nombre citado con ligera variacion por el Edrisi en las rutas de Cartagena y de Lorca á Almería, que debian tocar en este punto, coincidiendo la segunda con otros caminos romanos. La continuacion á Almería puede suponerse por Sórbas y el Campo de Tabérnas ó mejor, segun la indicacion del Nubiense, por cerca de Mujácar y el Campo de Níjar, lo que la aproxima más á la costa, separándola de ella la empinada sierra de Gata. Desde Almería coincide, de todos modos, con la vía de Antonino, sobre la cual se halla **ABDERA**, hoy Adra, aunque no figura entre las mansiones del Itinerario.

La existencia indudable del camino que hemos bosquejado, viene á explicar una de las que aparecen como imperfecciones de la vía romana que, desde Cartagena, se dirige por Lorca y Baza hasta Guadix para, desde allí, bajar á Almería y seguir luégo toda la costa; contribuyendo á demostrar que las rutas coleccionadas por Antonino son trozos de varias comunicaciones, reunidas las más veces con escaso criterio, y que se completan por otras vías de que no hizo mencion. Así aparece tambien íntegra la gran línea por toda la costa del Mediterráneo, que se

prolongaba, ya fuera del Estrecho, hasta Cádiz, marchando casi siempre por los puntos más próximos al mar, según lo que permite la topografía del territorio.

El caudaloso Guadalquivir, dividido seguramente en tiempo de los romanos en varios brazos, como lo está hoy día, rodeado entónces de profundos esteros y formando un lago considerable, del cual son claros vestigios los lúcios y extensas marismas próximos á sus márgenes, pero que habian de aparecer en aquel tiempo ménos terraplenados por los aluviones del río, impidieron sin duda la continuacion de la vía costanera, reemplazándola por las que cita Antonino desde Cádiz á Sevilla y de aquí á Huelva. Esta separacion de la costa produjo tambien algun trastorno en la parte correspondiente de la obra del geógrafo de Ravena, el cual señala, sin embargo, el trozo de *ÉSVRI* á *OSSONOA*, es decir, de la boca del Guadiana á Faro, en el Algarve, que tambien detalló el Itinerario y áun la prolongacion á la *STATIO-SACRA*, que se hallaba en Ságres, próxima al cabo de San Vicente, por la cual se enlazaban importantes ciudades en la costa Sur.

Cita despues algunas de Antonino desde Faro por Alcacer do Sal, Lisbóa, Santarem, Coimbra y O-Porto á Braga, pero á renglon seguido se nombran, como cercanas tambien al Océano, otras varias cuya situacion es en gran parte desconocida. Entre las que no se hallan en este caso se notan varias de las designadas en el Itinerario entre Braga, el Padron y Betáncos ó la Coruña, y es probable que las anteriores á éstas se refieran á trozos de vías más meridionales, así como las restantes deben asignarse á un camino inmediato á toda la costa del Norte y que terminaba en Fuenterrabía, punto á que se reduce, casi indudablemente, la antigua *OLARSO*, la *ÓSSARON* del geógrafo anónimo.

Siento verme sujeto, ya que no por la obligacion, por el deseo, al ménos, de presentar soluciones probables en esta parte, y no poder salvar la dificultad como lo hicieron el ingenioso

Mela y el galano Plinio, excusándose con la aspereza de los nombres indígenas de estas regiones para ocultar hábilmente su ignorancia relativa respecto de aquellos territorios. A la verdad, si los nombres actuales de algunos puntos de esta zona, es decir, los vascongados, se resisten á nuestra pronunciaci3n, no sucede así con los pocos antiguos que conocemos de poblaciones inmediatas á la costa Norte, y sólo son extraños porque se ignoran sus situaciones y correspondencias. Notablemente más rebeldes á la pronunciaci3n latina son otros muchos de Andalucía, que cita el mismo Plinio y que conservan no poco parentesco con las voces vascongadas.

En el trabajo de ampliacion que tengo preparado, discutiré con algun detalle, el trazado de las vías que, en mi concepto, debieron seguir contiguas á la costa por todo el Occidente y el Norte de nuestra Península. Por ahora me limitaré á indicar que, desde el cabo de San Vicente, debió existir una línea más próxima al mar y que enlazase las antiguas poblaciones conocidas de esta region con Alcacer do Sal, camino que tambien indicó el Edrisí: que es probable sucediera lo mismo desde aquí á O-Porto, y áun hasta el Miño, y que siguiera apoyándose á trozos en las vías de Antonino, pero enlazando más directamente los puertos notables de la costa, cortando las penínsulas que separan las extensas rías de Galicia: que más adelante, salvando las dificultades del terreno, marchase, sin embargo, bastante próximo al mar en toda la costa de Asturias y de Santander, tocando luégo en Bilbao para terminar en el Vidasoa.

En la parte oriental, á partir de Oviedo, puede dudarse si el camino iba en general cercano al mar ó por los valles interiores poco distantes del mismo, pero más bien intermedios entre la costa y la prolongacion de la cordillera Pirenaica. El antiguo hallazgo de un miliario no léjos de Covadonga, y el puente romano inmediato á Cángas de Onís, indican siempre la existencia de una vía interior en esta parte: más adelante, el hermoso valle de Durango y el extenso, aunque ménos despejado,

del rio Ória, parece convidaban á llevar por ellos uno de los caminos militares; siendo tal vez nueva prueba de su existencia los campamentos romanos en las cercanías de Tolosa de Guipúzcoa, como lo son más indudables de la otra vía el de Gaztiburru, próximo á Lequétio, y el de Veloága, contiguo á Rentería, y los trozos de camino, que se cree romano, entre Bilbao y Berméo, el que se observa en las cercanías del citado Lequétio, además de los vestigios de puente sobre el Deva y arrecife hácia Cestona, descubiertos por el Sr. Fernández-Guerra, y de los inmediatos á la última poblacion citada, por más que se haya disputado recientemente acerca de la época á que pertenecen tales restos. Otros indicios de nombres, conservados en algunos caseríos ó localidades, me han guiado para suponer sus trazados más probables, pero no es aquí donde deben explanarse tales razonamientos.

Casi sin interrupcion pasa el Ravenate, de las poblaciones inmediatas á las costas del Mediterráneo y del Océano, á citar otras varias agrupadas en líneas radiales partiendo de Zaragoza, y entre las nuevas vías, ó trozos de ellas, que dejan conocer algunos nombres, se presenta la que designan los de SÁLAM y ANABERE, colocados despues de EBELINO, que corresponden, al parecer, á una línea que desde el valle del Gállego iba á otro punto del Pirinéo ó bien á la señalada por Estrabon, y que, desde Tarragona, por Lérida y Pamplona, seguia hasta el Océano cerca de IDANVSA. La circunstancia de no citar el geógrafo griego á Zaragoza, como punto intermedio, es prueba de que esta vía sólo utilizaba hasta Huesca las de Antonino, y sabido es tambien que, desde muy antiguo, existia un camino frecuentadísimo por la canal de Jaca é inmediaciones de Sangüesa y Monreal hasta Pamplona, que era el usado principalmente por los peregrinos extranjeros para dirigirse á Santiago de Compostela. La continuacion al Océano, desde Pamplona, tenia lugar evidentemente por el valle del Vidasoa, y así lo confirman algunos nombres locales y la descripcion del Nubiense.

Este último trozo de vía está también comprendido entre las del Ravenate que pone en otra parte, á continuación del nombre de ÓSSARON, la mansion ALANTONE del Itinerario, muy próxima á Pamplona y, por consiguiente, al empalme del ramal del Norte.

Antes de proseguir diré que se ha supuesto generalmente que ANABERE correspondia á la ANÁBIS de Ptolomeo; pero ésta debió encontrarse en Cataluña, y para llegar allí era preciso tocar en otras mansiones del Itinerario, siendo más probable la dirección opuesta que he señalado al camino. Además, recuerdan bien el nombre de ANABERE los de *Ansabère*, que se conservan en la parte de frontera francesa inmediata á los valles de Hecho y Ansó, y el de *Anaver-róa* cerca de Ísaba en el de Roncal.

Otro camino directo entre Zaragoza y Pamplona está claramente indicado por los nombres de SÉGLAM, TERRACHA y CARTA, intermedios entre ambas, correspondiendo probablemente todos, aunque mal escritos, á poblaciones mencionadas por Plinio, y reduciéndose el último á Santacara, en la línea que debió recorrer el trazado, donde se hallaron algunas millas así como otra en Pitillas, que consta en documentos dignos de crédito. También pertenecen á esta zona la vía ó vías que designan los puntos GRACVSE, evidentemente la GRACCVRIS del Itinerario, cuya situación resulta cerca de Alfaro, y los de BÉLDALIN, ÉRGVTI y BETVRI, que debe ser la BITVRIS de Ptolomeo, correspondientes á una comunicación que se cruza con la anterior, marchando al Nordeste para acercarse á otro punto del Pirineo, según demuestran diversos datos, y probablemente por Burgui que antiguamente se llamó *Biguri*.

Al nombre de CONTRÉBIA, que señala como contiguo á Zaragoza, siguen primero los de ÁVCI, LEÓNICA, GÉRGIVM, ARTICABE y PRAETÓRIVM, y luego modifica aquel, llamándole TRÉBIAM, al citar los adyacentes de IOLÓGVM y LENTÍBILI: todos denotan, sin duda, comunicaciones que desde Zaragoza van á enlazarse al Sudeste con la línea de costa, siendo clara la identi-

dad del último con la mansión *INTIBILI* del Itinerario, y evidente la existencia de antiguas vías en este territorio; algunas tocaban en Alcañiz y Morella seguidas casi por las actuales carreteras. No debe confundirse la *CONTRÉBIA* aquí nombrada, que tal vez se llamó *TRÉBIA* solamente y pudo hallarse en las ruinas de *Frávia* ó *Trávia*, no léjos de Caspe, con la más famosa en las guerras, que tuvo su asiento en Zorita de los Cânes, inmediata á los rios Tajo y Guadiela y á otras vías romanas.

Interpoladas con algunas de las anteriores poblaciones, que he nombrado sin guardar el órden en que las designa el *Ravenate* para atender más á la situacion geográfica, se citan las de *CLVNIA*, *TVRBES*, *MANCÉLLUS*, nombres viciados los dos últimos, pero en los que se descubren fácilmente los de *TÉRMES* ó *TERMANTIA* y *MONS-OCÉLVS* ú *OCÍLIS*, correspondientes á Nuestra Señora de Tiélnes y Medinaceli, en la provincia de Sória, por donde se hallan vestigios de vías romanas con importantes ramales en varios sentidos.

Ya hablé ántes de la línea que enlaza á *CAVCA* con *INTERCANTIA* y *PALÁNTIA*, y de las que unian á Mérida con Toledo, cuyo trazado aclara muchísimo el texto de que me ocupo; y temeroso de abusar demasiado de la paciencia de los que escuchan esta lectura, evitaré, en lo posible, nuevas consideraciones y detalles. Bastará decir que la primera se prolonga, segun el geógrafo anónimo, por *EQVOSERA* y *COVGIÓN* hasta *BELISÁRIVM*, que probablemente será la mansión *VIMINÁIVM*, de la vía más septentrional á Astorga, situada entre Carrion de los Cóndes y Sahagun. El paso de este camino por Valladolid está comprobado por una miliaria hallada cerca de Santovénia, al Norte de dicha capital, cuya colocacion consta en un documento gráfico que poseo. Entre los nombres de *SEGISAMONE* y *LACOBRIGA*, de la misma vía de Astorga, intercala el *Ravenate*, los de *PISTÓRACA* y *AMBÍNÓN*, que pertenecen sin duda á otra que se cruza con ella, siguiendo el valle del Pisuerga, conocida tambien por miliarias halladas en Herrera, y que nombran á *PISÓRACA*:

aquí demuestra otra vez su sistema de citar mansiones de las vías contiguas.

Otro camino importante, del que existen vestigios notables y casi continuos, tan conocidos como, en general, lo son poco los de otras vías, es el que designan los nombres de **CÁRACA**, **SIGOB-RICA**, **PVTEIS** y **SÁLTIS**, citados despues de **COMPLVTVM**: es decir, la vía recta de Alcalá de Henáres á Chinchilla, pasando por Carabaña y las ruinas llamadas Cabeza del Griego, que tanto han dado que hablar acerca de la reduccion á ellas de las antiguas poblaciones de **ERCÁVICA** y **SEGOBRIGA**. A la verdad, el nombre consignado en esta vía favorece á la segunda solucion; pero hay razones y autoridades de mucho peso en favor de la primera. De todos modos, hace muy probable la existencia de otra **SEGOBRIGA** hácia estos parajes, y no deja de llamar la atencion la coincidencia de que aquellos que quieren apartar la episcopal **SEGOBRIGA** de la actual Segorbe, la hayan colocado aquí, con no ligeros fundamentos, ó en las cercanías del pueblo de Griégos, contiguo á Albarracin, guardando tal analogía los nombres de ambas localidades. Casi seguramente, **PVTEIS** corresponderá al **PVTEA** de Antonino en otra calzada inmediata.

Pasando á regiones más meridionales, el nombre de **CIR-SONE**, errata evidente de **VRSONE**, mezclado con los del Itinerario de Antonino por el geógrafo de Ravena, indica claramente el paso por Osuna de la vía de Sevilla á Antequera, así como la prolongacion de la misma hácia Málaga, el de **RATÁSPEN**, indudablemente la **ARATISPI** situada en Cáuche el Viejo, por donde se aprovechan pasos y terrenos favorables. Los nombres de **CAPPA**, **SAVDONE**, **BVRDOGA** y **SAGVNTIA**, algunos de los cuales recuerdan los citados por otros autores y que el anónimo coloca entre **VQIVM** y **ASSIDONE**, ó sea entre las Cabézas de San Juan y Medina Sidónia, marcan tambien otro nuevo camino entre ambos extremos, que probablemente continuaria al Sur hasta enlazar con los de Cádiz.

Asimismo los nombres de *ONBA*, *VRION*, *ARVCCI*, *FINES* y *SERIA*, que debe ser Serpa, fijan la vía de Huelva hasta aquí por Rio-Tinto, Aroche y Ficalho, resolviendo á la vez las dudas que ofrece un itinerario de Antonino, por la omision y transposicion de algunas mansiones. Con este motivo debo manifestar, en apoyo de lo que llevo dicho, que de todo el camino desde Huelva á Rio-Tinto, y de algunos trozos hasta Aroche, se han descubierto vestigios en varias épocas y, sobre todo, al ejecutar los estudios del ferro-carril á las minas de Rio-Tinto, que sigue su trazado; añadiré que tambien existen patentes señales de vía romana desde esas minas hácia Aracena, y de otra que las enlazaba con Sevilla. Compárese tal abundancia de antiguas comunicaciones con la carencia absoluta de carreteras en los tiempos presentes, cuando para fomentar uno de los bienes del Estado de más productos y mejor porvenir, debió pensarse en la inmediata construccion de un camino de hierro que sólo hay esperanza de ver realizado gracias á que los apuros crónicos de nuestro erario, más exacerbados al presente, han obligado á vender, en circunstancias y por precio bien poco favorables, tan valiosa finca.

La última vía se deduce de algunos nombres colocados despues de *INTERÁMNVM*, próximo á Leon, y que son los de *MEMORIANA*, *LVCO-ÁSTORVM*, *PÁSSICIN*, *AMNENI*, *LVGISÓNIS*, *PONTE-ÁBEI* y *LVCO-AVGVSTI*: los he escrito con la misma ortografía que en el texto; pero fácil es conocer las correcciones que necesitan, y el penúltimo, que es seguramente el *PONTE-NÉVIAE* del Itinerario, acaso no indica punto de empalme, sino uno de los más cercanos de la otra línea. El trazado del camino no ofrece dificultades, siendo bien conocida la situacion de *LVCVS-ÁSTVRVM* en la feligresía de Lugo, próxima á Oviedo, la de los *PAESICI* en el territorio de Pesoz y la terminacion en Lugo de Galicia. Además hay noticias de algunos vestigios de calzada, entre Oviedo y Olloniego, y de las ruinas del puente romano en el último punto, las cuales me han sido con-

firmadas, así como la existencia del de Cángas de Onís, por mi distinguido amigo D. Guillermo Schulz, autor del magnífico mapa de Astúrias; debiendo decir, aunque fuera de su lugar, que debo al mismo la noticia de una obra de igual género en Uceda, sobre el Jarama, que corresponde á un camino, olvidado hoy pero de uso muy frecuente en la Edad media. Otro puente, romano tambien, cerca de Grándas de Salime, ha visto mi ilustrado colaborador en el Atlas D. Martin Ferréiro, Correspondiente de esta Academia. En diversos parajes, y sobre todo en la parte Occidental, la vía está claramente marcada por la ruta que seguian los peregrinos en los primeros siglos de la Reconquista para pasar á Santiago. No atreviéndose á recorrer la vía del Sur, que cruzaba terrenos más accesibles por los llanos de Castilla y Leon, porque eran entónces teatro contínuo de luchas sangrientas, veíanse forzados á pasar por Guipúzcoa, Vizcaya, Santander y las Astúrias de Santillana y de Oviedo, lo que demuestra nuevamente la existencia de una antigua comunicacion por estas regiones. Todavía hoy se designa, en algunos puntos de la marina de Astúrias, con el nombre de camino de Bayona de Fráncia á Bayona de Galicia, que tan exactamente define la vía por la costa.

Terminado ya el exámen de las nuevas calzadas que ofrece el anónimo de Ravena, en cuyo asunto me he detenido tal vez más de lo conveniente, y habiendo mencionado al paso las calzadas descritas por Estrabon, examinaré ligeramente las designadas, de un modo claro, por otros geógrafos y escritores; prescindiendo de aquellas que se sobreentienden por las descripciones de las guerras ibéricas, á las cuales he atendido, sin embargo, combinando estas noticias con otros vestigios ó indicios, para completar algunas de las últimas líneas á que se refieren mis trabajos. Pocas son las primeras, reduciéndose á las indicaciones incompletas de Plinio sobre dos vías; la una desde las

fuentes del Ebro á los puertos del Norte, que seguiria probablemente por la misma zona que llevan hoy las carreteras y el ferro-carril de Santander, y la otra que pasaba por *TVCCI-VÉTVS* é iba á la *BASTITÁNIA* y al mar, la cual, segun manifestó el Sr. Fernández-Guerra al citar ésta y otras líneas en su contestacion, ó más bien ampliacion del Discurso del Sr. Saavedra, debia enlazar á Córdoba con Guadix pasando por Espejo, Castro del Río, Baéna, Alcaudete, Campotéjar é Iznalloz.

El desconocido autor del libro de la *Guerra Hispaniense* que, sin fundamento, se ha atribuido á Hérculo, señala la vía de Córdoba á *CARTEIA*, que probablemente seguiria otras más conocidas hasta Osuna, y que debia pasar tocando, ó muy próxima, á la célebre *MVNDÁ* cuya verdadera situacion no se sabe con certeza á pesar de los muchos estudios especiales, llevados á cabo en estos últimos años, para investigarla. Parece fuera de duda que el camino debió dirigirse hácia Ronda ó sus cercanías, por donde va una comunicacion bastante frecuentada hasta el dia. En la continuacion á *CARTEIA* se presenta alguna dificultad; el camino más directo, el que conviene mejor á las condiciones de trazado que imponian los romanos á sus vías, es el que sigue hácia Gaucín, entre los rios Genal y Guadiáro, casi siempre por la cumbre de una alta loma; pero la circunstancia de existir, del otro lado de este último rio, poblaciones romanas muy conocidas en Ronda la Vieja y cerca de las actuales Grazalema, Ubrique, Córtes y Jimena de la Frontera, pudieron obligar, tal vez, como supone Fernández-Guerra, á llevar la vía por este lado, venciendo mayores dificultades topográficas, pues, segun ya indiqué, el trazado de los caminos hubo de sujetarse en muchos casos á la condicion de tocar en poblaciones antiguas para enlazarlas, cual aconsejaban necesidades de todo género.—Lo más probable es que hubiese calzadas en ambas direcciones.

Por el hallazgo de miliarias é inscripciones se infiere la exis-

tencia de muchas vías romanas en nuestro territorio; los datos á ellas referentes, consignados en numerosos trabajos publicados ó inéditos, han sido recopilados, casi en totalidad, por el ilustre Hübner en su grandiosa obra de inscripciones españolas. Aunque sea muy ligeramente, y sin pormenores, creo no puedo excusarme de citar los principales caminos que se hallan en este caso.

Algunas miliarias en las inmediaciones de Celanova confirman la vía que, enlazando en la de Braga, tocaba en Orense y, cruzando el Miño por su puente romano, llegaba rectamente á Lugo. La inscripción del monte **CANDÁMIO** ó Candanedo descubre una nueva comunicacion entre Leon y Astúrias. Más al Oriente, las miliarias de Herrera de Pisuerga, de Reinosa, del Valle de Valmaseda y de Otáñes, atestiguan la existencia de uno ó, más bien, de dos caminos interesantísimos. El primero, de Norte á Sur, enlazaba con el ya mencionado de las fuentes del Ebro á la costa septentrional, ligándose tambien por el Mediodía con otro que evidentemente marchaba, entre Valladolid y Búrgos, por los valles del Pisuerga y Arlanzón, citado ántes en alguna de sus secciones. El segundo camino debió seguir los fáciles valles y altas llanuras que se presentan al pié de las Sierras de Pás, continuacion de la cordillera Pirenáica, terminando en Castro-Urdiáles, el **PÓRTVS-AMÁNVM** de los antiguos, donde se fundó la colonia **FLAVIOBRIGA**. Éste empalmaba con la línea general de costa y con otra que iba al Ebro en Puente-larrá, cuya existencia consta, con plena seguridad, por algunos vestigios y multitud de datos.

Diversos miliarios reunidos en el monasterio de San Pedro de Arlanza, en la provincia de Búrgos, juntamente con otras noticias y rastros locales, indican algunas vías que pasaban por este punto enlazando seguramente con las de **CLVNIA** y con las del Norte, hácia Nájera, por el valle del Najerilla. Con ellas debió relacionarse tambien la que descubre la inscripción entre Salduero y Vinuesa, calzada que probablemente arrancaria desde la célebre **NUMÁNTIA**.

Ya he citado las miliarias de Santacara; otras en Sofuéntes indican acaso un ramal ligado con la línea directa de Zaragoza á Pamplona, y que marcharía hácia Sangüesa. La inscripcion de Siresa, que está en el valle de Hecho y donde existió un antiquísimo monasterio, descubre, de acuerdo con noticias de distinto género, el camino romano en esta parte del Pirinéo que siempre se ha tenido por tan fragosa como poco frecuentada. Pero cesará la sorpresa cuando se observe que justamente el puerto inmediato de Águas-Tórtas es el más bajo de toda la parte central del Pirinéo, y 320 metros ménos elevado que el de Canfranc, considerado generalmente más accesible por abrirse al final de un valle ancho y conocido: hasta hay razon para dudar si la comunicacion del valle de Hecho precedió á la de Canfranc, y, de todos modos, su trazado será siempre prueba del conocimiento del territorio y del afan y el acierto con que buscaban los romanos los pasos más convenientes para salvar nuestras encumbradas cordilleras. Probablemente esta línea es la marcada por el Ravenate, segun ya dije, y el collado que cruzaba, el designado claramente por el Edrisí con el nombre de puerta de Axmora, cercana á la de Jaca.

Algunas miliarias halladas cerca de Peñalba, Candásnos y Torrente, y acaso tambien la de Vallfogona, confirman la existencia de una comunicacion romana directa entre Barcelona y Zaragoza que se comprueba por algunos vestigios y nombres de localidades que une la antigua carretera de Cervera á Barcelona por Igualada: ésta evitaba el rodeo que dá la de Antonino, pasando por Tarragona, Lérida y Huesca. Los miliarios en Ayguafreda y Vich patentizan la vía desde Barcelona al Norte, que debia bifurcarse hácia Gerona y Fráncia, segun se infiere de otros datos ménos seguros. Tambien demuestra la del ramal á las aguas de Cálidas de Monbúy, ya célebres desde el tiempo de los romanos, otra piedra análoga descubierta en este punto.

Cerca de Sacedon existe un miliario perteneciente, sin duda, á la vía que empalmaba en Cabeza de Griego para enlazarse

con la de *ITVLICIA* á Zaragoza y con otras vías del Norte, segun indicó el laborioso Cornide. He citado ya las miliarias de la provincia de Múrcia que corresponden á varias vías de que sólo se tenían vagos conocimientos. En Andalucía existen otras cerca del Valle de Abdalajís y de Cártama, que denotan una nueva comunicacion entre Antequera y Málaga, además de la ántes citada y de la que debia ir desde Teba por Ardáles, Carratraca y por Casarabonela, la *CASTRÁ-VINÁRIA* de los antiguos geógrafos. Hay tambien una miliaria en Archidona que, con algunos vestigios de vía, demuestra la que enlazaba á Antequera con Granada pasando por Loja. El miliario de Cabra, el de Fuente-Tójar, no citado por Hübner, y el hallado á corta distancia de Espejo descubren nuevos caminos que enlazan con los que llegaban á Alcalá la Real. Por último, las inscripciones y columnas halladas cerca de la Carolina patentizan la vía de Almadén hácia Lináres por el Salto *CASTVLONENSE*; la cual empalmaba con otros caminos que, descendiendo del Norte, pasaban por la Calzada de Calatrava y son los mismos que, cruzando luégo por el puerto del Muradal y las Návas de Tolosa, fueron seguidos por las huestes cristianas para la gloriosísima batalla en que anonadaron el formidable poderío de los Almorávides.

En Extremadura no hay noticia de miliarias fuera de las pertenecientes á vías conocidas del Itinerario; pero en sus confines, y cerca de Fregenal, se halla la de Encinasola que corresponde seguramente á otro enlace de las líneas de Aroche con las que dirigen á Mérida.

Los miliarios hallados en Portugal, cerca de Capinha y Valle de Lobo, son señales evidentes de una vía directa entre Lisbóa y Salamanca, pasando por la cuenca del Zézere en direccion á Ciudad-Rodrigo, donde es probable su empalme con otra vía de existencia segura; la cual, continuando las que se juntaban en el admirable puente romano de Alcántara, al Noroeste de Cáceres, llegaba á Salamanca despues de seguir largo trecho paralela al conocido camino de la Plata. Más al Norte de Por-

tugal las miliarias próximas á Vide, Villareal y Guimarães, indican otra línea que se combinaba con las anteriores y con la que, desde Idanha, bajaba igualmente á Alcántara, de la que existen tambien evidentes restos.

Para descansar un tanto de esta enojosa enumeracion de caminos, voy á decir algunas palabras acerca del sistema que seguí en mis investigaciones. He atendido, en primer lugar, á los vestigios de vías de que se tiene noticia, y, como uno muy principal, considero los puentes romanos que subsisten enteros ó arruinados en varios puntos, y que sólo en muy contados casos servirían para el uso exclusivo de las ciudades inmediatas á ellos, dando mas bien paso á las comunicaciones que las unian con otras. Las poblaciones que conservan el nombre de *Puente* y sus análogos de *Alcántara* y *Alcantarilla* son casi siempre recuerdos de aquellos. Los geógrafos é historiadores antiguos, al describir los territorios ó la marcha de los ejércitos, indican los caminos existentes y, entre los primeros, merece especial mencion el Edrisí, que marca con exactitud muchas rutas que en su mayor parte son vías romanas conocidas, pareciendo probable lo sean igualmente las demás, puesto que desde el tiempo de los romanos hasta el siglo pasado apenas hay noticia de que se trabajára en camino alguno. Los árabes, poco tiempo despues de su conquista, repararon varios, y tambien constan otras recomposiciones de vías y de puentes, hechas por los reyes castellanos, principalmente en las que utilizaban los peregrinos extranjeros para llegar á Santiago; pues aunque hay autores que suponen se construyeron de nuevo ó que se varió la traza de las primitivas calzadas, esto se hizo únicamente en cortos trayectos, y en el resto se aprovecharon las vías romanas preexistentes. Algunas antiguas relaciones itinerarias de estas peregrinaciones han servido para confirmar el paso de aquellas por varios puntos, y se han utilizado tambien las descripciones de los primeros

viajeros que cruzaron la Península después de terminadas las largas guerras de la Reconquista, y otros muy curiosos de las expediciones de los Reyes Católicos y del emperador Carlos V.

Otro indicio que me ha guiado notablemente en mi trabajo es la situación de los antiguos monasterios: todos ellos se encuentran inmediatos á las grandes vías de comunicación, y aunque á veces fuera de la vista de ellas y en parajes solitarios, que se han creído desiertos, nunca se apartaban largo trecho de los caminos frecuentados. Esto se observa más principalmente en los establecidos en las primeras vertientes de la gran cordillera Pirenaica, como los de Ripoll, San Juan de la Peña, Lumbier, Irache, Valpueda y otros muchos: la mayor parte se fundaron á medida que avanzaban las conquistas sobre los árabes; algunos, sobre viejas fortalezas ó poblaciones romanas arruinadas, y formaban como una segunda línea respecto de los castillos ó torres que amojonaban las líneas fronterizas sucesivas. Aquellos monasterios eran los verdaderos focos de estímulo y de concentración para la guerra Santa. Otros, se construyeron inmediatos á las líneas recorridas por los peregrinos, así como hospitales para su albergue. Todos son jalones evidentes que marcan la dirección de las antiguas vías, y muchas escrituras, al puntualizar los términos de estos antiguos conventos, señalan entre ellos alguna calzada ó vía pública.

Los pueblos en que se establecieron las primeras Sedes episcopales son siempre puntos seguros por donde pasaban aquellos caminos, hallándose en igual caso las colonias y principales municipios romanos. Casi lo mismo puede afirmarse respecto de la mayor parte de las poblaciones citadas por Plinio y Ptolomeo, que de fijo eran sólo conocidas gracias á sus comunicaciones; en realidad, las distancias de éstas, y no verdaderas observaciones astronómicas, sirvieron al segundo para calcular sus coordenadas geográficas.

Puede sacarse gran partido, aunque á primera vista aparezca como indicio poco importante, del exámen de los nombres de

localidades y pueblos. Varios escritores llamaron ya la atención sobre este punto, y más recientemente los dignísimos Académicos Caballero y Guerra han designado con detalles los muchos vocablos que son claro rastro de la existencia de vías, y que no necesito repetir aquí por ser sobrado conocidos. Especialmente los nombres de *Calzada* y de *Camino*, ya como propios de los lugares, ya como distintivo de ellos, son casi siempre un dato segurísimo de su colocación inmediata á las vías romanas. Ni podía ser otra cosa, porque, si bien estos caminos eran mucho más numerosos de lo que generalmente se ha creído hasta ahora, su anchura y la solidez de su construcción, sus miliarias, inscripciones y monumentos, y el estar acompañados de fuentes ó aljibes públicos en algunas regiones, debían impresionar fuertemente á los habitantes, á la manera que hoy sucede con los ferro-carriles comparados con los malos senderos locales; por ello usaban de su nombre para fijar más la situación del pueblo ó sitio, como usaban también de los nombres de todos los objetos y accidentes que correspondían á tan magníficas obras. Apenas conozco un lugar llamado *Calzada* que no corresponda á las inmediaciones de vías romanas, siendo probable que los demás se hallen cerca de otras olvidadas completamente. El trazado de la vía desde Alcántara á Salamanca, que figuraba entre las desconocidas y he citado ántes, podría adivinarse, en todo su trayecto, sin más que fijarse en los sitios que conservan tal denominación, y no deja de ser curioso observar que ese mismo vocablo, á veces desfigurado en *Galzada*, se ve repetido también en muchos puntos de Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra, á pesar de ser completamente ajeno á su idioma peculiar, y precisamente en aquellos por donde es posible el paso de las vías romanas. Lo mismo sucede, aunque no de un modo tan general, con las otras voces indicadoras de caminos ó de sus miliarias, y, por eso, uno de los trabajos que tengo hechos para mis estudios, es el de reunir los infinitos nombres de esta clase hallados en diccionarios ó descripciones escritas y gráficas, incluyendo los del extenso Nomenclátor de España.

Ignoro si las comprobaciones que he observado en muchos casos me habrán hecho exagerar la idea y habré caído en el mismo error que he censurado en otros, el de guiarme por sistemas exclusivos para querer explicar la reduccion de antiguas poblaciones á las actuales: más de una vez lo he temido, y hasta pienso si estaré ofuscado cuando considero el gran número de vías que yo califico de romanas. Muy posible es que, guiado por datos ó noticias falsas sobre vestigios de calzadas ó por otras coincidencias, haya señalado alguna sin razon bastante, y más probable todavía que me haya engañado al enlazar entre sí los diferentes trozos conocidos por unos y otros datos; pero de seguro habré omitido no pocos caminos de los cuales no ha quedado la menor huella ó de los que no he tenido noticia. Bueno es consignar aquí que no todos los antiguos caminos romanos, como tampoco los construidos ántes por otros dominadores, ni algunos hechos á su imitacion por los mismos naturales del país, eran anchas y suntuosas calzadas con columnas cada mil pasos y con diversas lápidas y monumentos: los habia de diferentes órdenes y latitud y hasta para peatones, como el que marca la inscripcion de Peñascrita, en la provincia de Cuenca. Además no todos ellos tenian firme, áun en la parte en que era necesario por la poca consistencia del terreno, ni estaban construidos con igual solidez; y es seguro tambien que bastantes quedaron comenzados y paralizados cuando suspendió el desarrollo de tales obras la invasion de los bárbaros del Norte.

En los trozos donde faltan completamente datos ó indicios de otra clase, ya para señalar una vía, ya para unir trozos de ella, ó en aquellos en que el trazado de partes desconocidas puede admitir varias soluciones, me he guiado por las ruinas de poblaciones romanas, prefiriendo los trayectos en que son más numerosas, porque se nota, como no podia ménos de suceder, que por lo general, se hallan agrupadas sobre las vías conocidas. He atendido más principalmente á la existencia de algunos castillos, torres ó campamentos de aquella época, observando que los

caminos están siempre flanqueados por atalayas que se correspondían, y no ménos á los montecillos artificiales, llamados *Castros* los mayores, y *Mámoas*, *Mámbblas* ó *Modórras* los más pequeños, por saber que en algunas regiones de nuestra península, especialmente en Galicia, las vías van acompañadas constantemente de estos reductos y antiguos túmulos.

En cuanto á los vestigios de vías, he apuntado todos los que detalla Cornide en sus trabajos publicados de Galicia y de Celtiberia; los que existen diseminados en los muchos manuscritos del mismo, entre ellos los concernientes á la ilustracion del Itinerario, que he registrado con minuciosidad. En los inéditos de Velázquez, en cien que no cito, hay tambien interesantes indicaciones referentes, tanto á las vías conocidas, como á las desconocidas. Cean Bermúdez, en el *Sumario de antigüedades*, enumera algunos vestigios de calzadas y gran parte de los puentes romanos que se conservan. Escolano en la *Historia de Valéncia*; Lozano en su *Bastitania y Contestania*, y otros autores, señalaron bastantes trozos de vía, si bien el último nombrado produce lamentable confusion al querer acomodarlos todos á las del Itinerario, como si no existiesen más caminos; defecto que se nota en varios trabajos de la provincia de Zamora que he consultado, y en no pocos publicados ó inéditos. En esto se asemejan á aquellos escritores que, para ilustrar las poblaciones de que trataban, no se contentaron con asignarles uno solo de los nombres famosos en la Historia, sino que les regalan dos ó tres igualmente célebres, pero bien distintos.

Los señores Académicos Guerra, Caballero, Oliver y Saavedra, en publicaciones más recientes, y el Sr. Góngora en sus trabajos inéditos, dan á conocer datos muy interesantes: los más de ellos y algunas otras personas que tendré el gusto de citar en mi futura publicacion, me han facilitado multitud de noticias y pormenores tambien inéditos; sobresaliendo entre todos mi dignísimo amigo el Sr. Fernández-Guerra, tantas veces citado, y

á quien he tenido por consejero para consultar mis dudas en este trabajo que no debe poco á su amabilísima cooperacion. No puedo resistir al deseo de consignar aquí su descubrimiento de la vía romana entre Sepúlveda y Nuestra Señora de Tiélnes, con indicacion de prolongaciones muy interesantes, logrado á fuerza de largas investigaciones, no ménos penosas por no haber sido practicadas directamente sobre el terreno.

En los muchos planos que he reunido para la publicacion de mi Atlas, hay varias indicaciones de caminos romanos. En algunos estudios de carreteras, hechos en el siglo pasado y que poseo, están marcadas las antiguas vías que han desaparecido despues, casi totalmente, por haberse empleado sus materiales en las nuevas. Así ha sucedido en otros muchos casos, y es bien sensible que los encargados de los estudios y trabajos no mencionáran siempre esa circunstancia. Si 'al proyectar y construir el gran número de carreteras y ferro-carriles de que se han ocupado en estos últimos años, hubiesen consignado los vestigios descubiertos, bastante se habria adelantado para el conocimiento de aquellas vías, pero sólo se hizo en contadísimos casos, de lo cual puedo dar fe por haber examinado, y hecho copiar para mis trabajos geográficos, todos los proyectos de comunicaciones. Al lamentar, y censurar en cierto modo, esta omision, me acuso tambien de no haber pensado oportunamente en este asunto, porque, de otro modo, mis comisionados, que han visitado las tres cuartas partes de España en sus reconocimientos, hubieran recogido multitud de datos interesantes, al paso que sólo se fijaron en algunos vestigios de vías, que, sin embargo, utilizo para mi trabajo de verdadera compilacion.

No creo del caso citar ni áun los caminos más principales investigados por la reunion de los datos anteriores; no pocos se han señalado ya incidentalmente. Me concretaré á decir que su extension, comprendiendo los de Portugal, donde mis noticias no son igualmente completas, pasará con seguridad del duplo de la que tienen los descritos en el Itinerario de Antonino. Todavía

no los he medido con detenimiento, reservando este trabajo para el resúmen de mi publicacion detallada, y siempre será dudosa la cifra respecto á los caminos de la época romana, porque hay algunos de los que se ignora si son anteriores ó posteriores á aquella.

En dicho Itinerario, segun los datos de conjunto, aparece un total de 8.685 millas y 8.746 en los detalles; pero hay que descontar 2.026 que corresponden á secciones repetidas: en cambio deben aumentarse 206 millas nuevas que señalan los Vasos apolinales, y por lo tanto puede contarse con una longitud de 6.926 en toda la Península. De ésta, 1.277 millas corresponden á Portugal, quedando 5.649 para España, que representarían 8.473 kilómetros, suponiendo la milla de 1.500 metros como se hace generalmente ahora, pero que aumentarán bastante, tanto porque en algunas vías faltan mansiones y distancias, segun ya he tenido ocasion de advertir, cuanto por haber observado que, en casi todas, resulta escaso el número de millas, y esto hace suponer que tal vez la adoptada para nuestros caminos se acercára á los 1.600 metros, lo que está más de acuerdo con antiguas mediciones practicadas en España. Las vías que corresponden solamente á esta nacion, entre las citadas por Estrabon, Plinio y por el Ravenate, que he designado con más pormenores, reunen aproximadamente unas 2.500 millas, segun cálculo provisional.

Así puede graduarse que todas las vías romanas de España, prescindiendo de las comprendidas en Portugal y de las que probablemente existirian en las islas Baleáres, llegarán, cuando ménos á 30.000 kilómetros, y más bien pasarán, y no poco, de esta cifra, que es elevadísima si se compara con la de 16.262 que medían en primero de Enero del año actual todas las carreteras terminadas que se hallaban á cargo del Estado, deduciendo las de Baleáres y Canárias; si bien deberán aumentarse, para la comparacion, los 2.399 kilómetros abandonados últimamente y los de algunas carreteras provinciales y vecinales.

Antes de concluir, séame permitido, siquiera para llenar los deberes que me impone mi antigua carrera militar y facultativa, y, lo diré con franqueza, para satisfacer una de mis mayores aficiones, dirigir una ojeada al conjunto de las vías romanas de nuestro país, mirándolas bajo el aspecto geográfico y estratégico y comparándolas con el trazado de los ferro-carriles construidos hoy ó proyectados. Considerando que el centro real de todas estas comunicaciones estaba fuera de nuestro territorio, puesto que su establecimiento es debido á una dominacion extraña, puede tomarse como tronco y origen de todas ellas la corta seccion entre el paso oriental del Pirinéo y Tarragona. De aquí partian dos grandes arterias: la una al Poniente hasta Braga, pasando por Zaragoza, Búrgos y Leon, y la segunda al Sudoeste, á lo largo de toda la costa hasta Cádiz. Otras dos líneas principales arrancaban de ellas, dirigiéndose tambien entre Oeste y Sudoeste; la una desde Zaragoza, para terminar en Lisbóa, y la otra desde las inmediaciones de Valéncia, por cerca de Albacete, á Córdoba, Sevilla y hasta el Cabo de San Vicente. La quinta línea recorría todas las costas del Océano, por el Oeste y Norte de la Península: su existencia no es tan segura y hasta es posible se halláran sin terminar algunas de sus secciones, especialmente en las regiones cantábricas y sus confinantes, que fueron los últimos países sometidos al yugo romano, no tanto acaso por la tenacidad de los naturales como por la menor riqueza relativa de sus territorios, que no hacia codiciar la conquista. Numerosas líneas enlazaban unas con otras estas primeras arterias, y algunos ramales partian desde la más septentrional á la frontera de las Gálias; formando en su conjunto una espesa red, entre cuya confusion se descubren, sin embargo, las líneas que unian, por breves trayectos, las capitales de los Conventos Jurídicos entre sí, como unian otras, de Norte á Sur, regiones de climas y productos diferentes. Todavía no hemos llegado en nuestro sistema de carreteras, y mucho ménos en el de ferro-carriles, á llenar ambos fines de una manera tan completa. La

topografía especial de nuestro territorio; sus grandes rios corriendo por lo general en el sentido de Este á Oeste, con inclinacion hácia el Sur, lo mismo que sus multiplicadas cadenas de montañas, forzaron de tal modo el trazado de las comunicaciones que, á pesar de hallarse las vías romanas subordinadas al enlace con una Metrópoli exterior, y las carreteras y ferro-carriles al sistema radial, respecto de su capital presente, colocada en el centro del país, coinciden casi siempre los trazados de unas y otras vías.

Las que seguian paralelas á la cordillera Pirenáica, ó á sus prolongaciones occidentales, eran verdaderas líneas defensivas, porque las gentes más indómitas se albergaban en las asperezas de sus vertientes: bajo tal concepto es muy notable la de Reinosa al valle de Mena y al Ebro, respecto al territorio de los cántabros. Tambien es esencialmente defensiva la que sigue próxima á la orilla derecha del citado Ebro, y otras muchas que sería fácil señalar. Como ejemplo del carácter estratégico de las antiguas vías, puede citarse además la de Albarracin á Chinchilla, tal como yo comprendo que debió existir, pues marcha casi siempre por altas mesetas, entre el Júcar y el Cabriel, dominando el territorio de los belicosos celtíberos.

Si de los rasgos generales trasladamos nuestra atencion á otros pormenores secundarios, se observará el trazado especial de estas vías, que pasaban las más veces al pié de las poblaciones colocadas en sitios naturalmente fuertes, pero sin cruzarlas y ligándolas sólo con pequeños ramales; nunca marchaban por los estrechos y hondonadas, extendiéndose, por lo comun, en las mesetas y lomas divisorias, buscadas siempre con el mayor acierto. No se hizo esto indudablemente por meras consideraciones de construccion, por asegurar la buena conservacion del camino y economizar obras de fábrica, sino más bien por no atravesar aquellos sitios donde serian fáciles las sorpresas, y para caminar siempre descubriendo y explorando el país. Así se ve que en los terrenos más llanos, y abandonando á veces las largas alineaciones rectas,

que eran otro de los rasgos distintivos de sus trazados, se daba algun rodeo para llevar la vía por colinas ó ligeros contrafuertes, al revés de lo que se haria hoy para evitarlos: con ello se proporcionaban, de trecho en trecho, puntos de observacion y vigilancia.

De esta necesidad, impuesta por las circunstancias, nacia el defecto mayor de los caminos romanos, tal vez el único que se les achaca con razon: el de sus fuertes pendientes; si bien no debe olvidarse que, para evitarlas, hubieran tenido que prescindir de las condiciones defensivas, y adoptar los trazados á media ladera ó en trinchera, que, además de aquel inconveniente, presentaban el de un excesivo trabajo cuando la pólvora no facilitaba los desmontes en roca, ejecutados, sin embargo, en algunos casos, como en los codos de Ladoco, ó Laróuco, y en muchas cortaduras, que aún conservan hoy los nombres de *Peñas horadadas*. Sorprende verdaderamente en estas vías su trazado general, y no se concibe cómo pudo idearse sin contar con mapas exactos del territorio para que ofrecieran los menores rodeos, á pesar de las bases á que habia de sujetarse la construccion; pero más todavía es de admirar el acierto con que buscaron los pasos más fáciles de nuestras multiplicadas sierras: apenas conozco una línea cuya traza pudiera mejorarse bajo este aspecto, y en ello veo la mejor prueba de un estudio detenido ó de un instinto maravilloso.

Excusado es manifestar que las vías romanas atravesaban los territorios más feraces y productores; en ellos estaba agrupada la mayor parte de la poblacion que fué preciso conquistar primero y vigilar despues, y esta circunstancia hubiera exigido su construccion á no demandarla igualmente la necesidad de cruzar los territorios en que habian de buscarse los mantenimientos para los ejércitos. Así se explica la ejecucion de todas las vías por los anchurosos valles y por las costas, aunque estas segundas tuvieron tambien por objeto comunicar fácilmente con las

escuadras en que se apoyaban á menudo las operaciones ofensivas ó defensivas.

En la renombrada **BAÉTICA**, país que entónces, además de la mayor parte de lo que aún hoy se distingue con el mismo nombre, ó con el de Andalucía, abarcaba la parte baja de Extremadura, ó sea casi todo lo que está al Sur del Guadiana, se multiplicaron las vías de comunicacion porque así lo exigia la riqueza excepcional del suelo, tanto en la produccion agrícola como en la minera, y sus muchas poblaciones cuya existencia confirma, más bien que las numerosas ciudades romanas nombradas por los historiadores y geógrafos, la multitud de villares ó despoblados, que pasan de mil segun autores fidedignos, y son restos de lugares habitados en la época de aquella dominacion, destruidos luégo en las asoladoras guerras que la siguieron. Ya he citado algunas de aquellas calzadas, y sólo para formar idea del resto, consignaré aquí que la cordillera, ó mejor dicho las varias cadenas conocidas bajo el nombre general de Sierra-Morena, estaban cruzadas, á partir del Guadiana, por las vías que llegaban á Aroche para seguir al Norte, y la de Huelva hácia Aracena y Fregenal; probablemente por otra desde Rio-Tinto hácia Monestério y Fuente de Cántos; por la directa de Sevilla á estos mismos puntos; la de Peñafior á Llerena; la de Córdoba á Fuente-Ovejuna y Medellin, combinada con otros ramales que tambien cortaban la divisoria, entre ellós el que, por los Pedróches y Puerto-Mochuelo, iba á Almodóvar del Campo; otra nueva línea desde Córdoba, por Adamuz y Conquista, al mismo Almodóvar; la directa desde las cercanías de Andújar á Calzada de Calatrava, y la de este punto hácia Lináres y **CÁSTULO**, estando ya ésta, así como las más orientales que iban en direccion de Albacete, fuera de los límites antiguos de la Bética. Triste es comparar esta riqueza de comunicaciones con las dos únicas vías de Despeñapérros y de Sevilla á Badajoz, y el corto ramal de Fregenal á Santa Olalla, que existen hasta hoy, porque otras dos empezadas no se han terminado todavía. En la

parte baja de Córdoba, teatro de la colosal contienda entre César y los hijos de Pompeyo, y en corto espacio, existían cinco vías de Este á Oeste, que son: las dos de Antonino, bastante próximas al Guadalquivir; la que pasaba por Espejo y Baéna; la de Nueva-Cartéya y Luque, y la de Cabra y Priego hácia Alcalá la Real, todas las cuales se hallaban enlazadas por otras en sentido de Norte á Sur. Así se atendía entónces á la necesidad de las comunicaciones; pero no se ejecutaban sólo en estas regiones privilegiadas, sino que se extendían por todo el territorio, y acaso el nombre del concejo de Camino-Morisco recuerda alguna vía secundaria que llegaba al país de las Húrdes, mengua aún hoy, por su estado de atraso y de miseria, de nuestra decantada civilización.

Voy á terminar esta larga reseña comparando los principales ferro-carriles con las vías romanas; siendo los primeros conocidos por la generalidad, podrá juzgarse mejor de las circunstancias de las segundas que si bien no coinciden con ellos en los pequeños detalles de trazado, por la distinta naturaleza de ambos géneros de comunicaciones, se desarrollaron casi siempre por las mismas zonas. Empezaré por el ferro-carril del Norte y por Madrid, á cuyas inmediaciones, por la parte del Oeste y á la otra banda del humilde Manzanares, existió la no ménos humilde y oscura mansion de *MIÁCVN*, de cuyo nombre queda claro resíduo en el sitio actual de los *Meáques*, y que debió existir bien ajena de que á su frente se levantára la capital dominadora, un día, de ambos mundos. De allí arrancaba la vía romana, siguiendo la misma traza que la férrea, aunque abandonándola luégo para tocar en Segóvia y llegar á Valladolid. Entónces no existían, sin duda, las influencias locales que desviaron el ferro-carril de su más recto y fácil trazado. En el que ha seguido, por Ávila y Medina del Campo, es también probable la existencia de caminos romanos y segura en la continuación por Búrgos, Vitória y Alsásua y aún en su prolongación al lado del ramal de Pamplona. El mismo punto fué elegido para

cruzar la divisoria entre el Duero y el Ebro, y más adelante la del Zadorra y Arga; el mismo para salvar los montes Obarénes por la notable cortadura de Pancorvo. Hay en estos sitios una circunstancia singular que me obliga á detenerme un momento. Á primera vista sorprende que, hallando el paso expedito hácia Miranda, para seguir rectamente la direccion general, tuerza al Oeste la vía romana para cruzar el Ebro en Puentelarrá, y continuar por su izquierda hasta dar frente al citado Miranda, y, sin embargo, tiene satisfactoria explicacion lo que podria creerse irregularidad del trazado. Debia subsistir todavía el lago por el cual pasaba el Ebro y que menciona Estrabon refiriéndose á Posidónio, aunque sin designar el paraje en que se hallaba. Este lago, de grande extension en los tiempos geológicos y ántes de la rotura de la cordillera por las Cónchas de Haro, se ve que existió, al ménos en parte, hasta la época histórica, estorbando la construccion del puente en Miranda. Aún hoy dia quedan, como recuerdos de la antigua laguna, desaguada y terraplenada, algunos pantanos en la orilla izquierda. No hay certeza de que existiese camino romano desde Álava á Guipúzcoa: el más antiguo de que hay memoria, pero que no se sabe si perteneció á aquella época, es el de Salvatierra por el Puerto de San Adrian, ó de Peña-Horadada, á Tolosa, San Sebastian y Fuenterrabía. Gran parte de este camino sigue el ferro-carril en su descenso y, de todos modos, en su última seccion coincide con la vía romana de la costa.

Una cosa análoga sucede en el ramal de Miranda á Bilbao. Con más razon puede suponerse que existia calzada romana hasta dicho punto; la habia desde luégo de Puentelarrá hácia Osma, y tambien existen noticias de camino público muy antiguo que bajaba desde allí, bien por Orduña, bien algo al Oeste, por Sierra-Salvada y Arciniega, á buscar el valle del Nervion, donde alcanza ya el ferro-carril.

El de Santander, por Paléncia y Reinoso, apenas se aparta de las vías romanas existentes en la misma zona. Lo propio su-

cede con la línea férrea de Paléncia por Sahagun, Leon y Astorga, y áun con la empezada de Leon á Oviedo y Gijon que tropieza en muchos trozos con los vestigios ó recuerdos de calzadas romanas. La prolongacion desde Astorga á Lugo y la Coruña, que tampoco está en explotacion, se aparta algo más de ellas hasta Lugo, si bien coincide con algunos trozos en las orillas del Sil; y, desde la última poblacion citada, marchan ya reunidos á la Coruña los trazados de una y otra vía. Tambien termina siguiendo un camino romano el corto ramal de Medina del Campo á Zamora.

El ferro-carril de Miranda á Zaragoza, contiguo siempre al Ebro, lo vá tambien en gran parte, sobre todo desde Logroño, á las vías romanas, y lo mismo se nota en el ramal desde Castejon á Pamplona, principio de la línea de Alsásua. La vía férrea de Madrid á Zaragoza se acerca completamente á la romana, mucho más que la carretera que ligaba ambas capitales, y sólo puede dudarse de la existencia del trozo entre Madrid y Alcalá, porque la calzada partia, como ya indiqué, desde TIVLCIA. Tampoco hay gran separacion entre las vías de uno y otro género de Zaragoza á Huesca y Lérida: la principal consiste en que el ferro-carril no sube á Huesca, que está servida con un ramal aislado. Mayor aproximacion hay entre las líneas directas de Lérida á Barcelona y á Tarragona, y existe coincidencia completa entre las calzadas y los caminos de hierro de Tarragona á Barcelona, de aquí á Gerona, tanto por Granollers como por Mataró, y en el trozo empezado hasta Figuéras, desviándose en la última parte hasta el Pirinéo el proyecto aprobado, no porque dejára de ser más ventajoso, y estudiado en primer lugar, el que seguia el camino romano, sino porque la condicion de enlazar con la línea francesa obliga á llevarlo más al Este.

Unidos van igualmente la calzada y el ferro-carril desde Tarragona á Valéncia, y hasta Albacete en casi todos los trozos: la mayor separacion consiste en que la vía romana sigue, entre el rio Cénia y Castellon, un valle interior bastante fácil y des-

pejado, y el otro se acerca más al mar; no falta quien asegure que también había camino romano en este trozo de costa. Entre Caudete y Chinchilla advertimos algun alejamiento, pero justamente la vía romana seguía el trazado de los primeros estudios de la férrea, los más breves y convenientes, sin duda, pero que se abandonaron para tocar en Almansa. En gran parte del trayecto del camino de hierro á Alicante se halla otra vía romana, que se dirigia á Elche, y coinciden casi ambas comunicaciones entre Chinchilla y Múrcia, separándose algo más de aquí á Cartagena, en que el ferro-carril se inclina á Levante, acercándose á la otra vía de Elche.

En la línea férrea de Madrid á Albacete, la aproximación ó coincidencia es, desde Ciempozuólos hasta Alcázar de San Juan, con la vía romana de *TITVLICIA* á *LAMINIVM*. Desde Alcázar á la Roda, no se sabe existiese camino alguno; pero sí desde esta poblacion, cuyo nombre es característico y que se hallaba en la vía de Alcalá de Henáres á Chinchilla.

Tampoco existen calzadas completas en el sentido del ferro-carril de Andalucía hasta Lináres; su primer estudio por Barranco Hondo, seguía la famosa vía Hercúlea, pero el ejecutado se acerca sólo en sus extremos á otras líneas que acompaña luégo constantemente desde Lináres á Córdoba, y de Sevilla á Cádiz. Entre Córdoba y Sevilla marcha bastante apartado del camino principal, que iba por Écija y Carmona, pero hay diversos motivos para suponer que no faltaban en la orilla misma del Guadalquivir calzadas que uniesen sus muchas y ricas poblaciones.

Entre Córdoba y Málaga se reúnen casi el ferro-carril y las vías romanas, y aún las otras citadas, que iban desde la última capital hácia Antequera y Teba, se adaptan á los dos primeros estudios hechos para esta comunicacion. También coinciden los primeros trozos de la línea férrea de Córdoba á Belmez y Almorchon, con la vía romana de la misma capital á Medellin.

En las primeras secciones de la línea de Extremadura y Por-

tugal, que tuerce al Oeste desde Manzanáres, ó no existieron vías romanas en tal sentido, ó el camino de hierro va separado de ellas; pero desde Ciudad-Real, por Almaden y Mérida hasta Badajoz, la aproximacion es siempre grande, cuando no completa, observándose lo mismo en la parte de Portugal, hasta llegar á Lisbóa, hallándose juntos los cruzamientos del Tajo en una y otra vía. Tambien se alejan poco, de las calzadas romanas, los ferro-carriles que enlazan á Lisbóa con Setúbal y con Évora y Beja. En la línea del Norte, por Coimbra á O-Porto, la contigüidad es mucho mayor y hay union absoluta en algunos trozos.

Los estudios hechos para ligar á O-Porto con Braga, Vigo y Pontevedra, siguen las vías romanas, confundiéndose casi con ellas la línea férrea del Carril á Santiago, recientemente terminada. Ni se apartará de las mismas la proyectada á la Coruña, todavía sin estudiar. Las que ya lo han sido desde Astorga á Zamora, Salamanca, Cáceres y Mérida, costean completamente vías del Itinerario de Antonino, y entre ellas la nombrada de la Plata. En la zona inmediata al Sur, hay coincidencia hasta Zafra y en grandes trozos, hácia Llerena y Guadalcanal, del ferro-carril empezado, con caminos citados ya, separándose aquél al llegar cerca del Guadalquivir. Otra prolongacion proyectada para el camino de hierro de Mérida á Zafra pasando por las cercanías de Fregenal y Aracena á Rio-Tinto y Huelva, estába seguida por vías de los romanos, habiendo así completado aquellos una línea de Norte á Sur, que es el sueño de cuantos se interesan hoy en ver desarrollada la riqueza de esta parte de nuestro territorio.

La línea en construccion de Madrid, por Talavera, á Malpartida de Plaséncia, se acerca constantemente á caminos romanos, como la de Granada á Antequera y áun varios trozos de su continuacion á Utrera por Osuna. Los estudios para comunicar las orillas del Guadalquivir, por Jaen, con Granada, tropiezan siempre con las calzadas antiguas. Siguiendo las dos que exis-

tian entre CÁSTULO y ACCI ó Guadix, es como pueden enlazarse mejor el mismo Guadalquivir y la parte central de España con dicho punto, paso forzoso para llegar á Almería; casi puede decirse que ambos trazados son los únicos posibles, y lo mismo sucede con la prolongacion de Guadix á la costa. Otro ferro-carril importante, en cuya construccion se piensa hace tiempo, el de Granada á Múrcia, se ha estudiado, coincidiendo tambien con vías romanas por Baza, Vélez-Rúbio y Lorca, que utilizaron en el sitio llamado de las Vertientes, el mejor paso de la divisoria del BÆTIS; cerca de ella debió encenderse la pira de Escipion, de la cual huia este rio, segun la elegante frase de Plinio, tan acorde con la geografia, señalando los orígenes del Guadalquivir donde se hallan en realidad, y no en el paraje en que sin razon se coloca su nacimiento.

Sobradamente he abusado ya de la paciencia de los oyentes, para que me detenga á señalar la concordancia de las otras líneas de ferro-carriles construidos ó estudiados con diversas calzadas romanas, y terminaré manifestando que los trazados de líneas férreas para comunicar á Teruel con Cuenca y con Valéncia, siguen ambos gran parte del que supongo entre Cañete y Albarracin á la vía romana, á pesar de lo fragoso de aquel territorio; nueva prueba del acierto con que fueron estudiadas sus vías, aun aquellas que, como ésta, se establecieron desde los primitivos tiempos.

Tal es, Señores, considerado en su conjunto y en sus rasgos más principales, el sistema de comunicaciones que tenia nuestra Península, debido en su mayor parte al genio y á la constancia de los romanos; y en verdad que cuando se considera lo poquísimo que se ha hecho desde entónces hasta fines del siglo último, y que aún no los igualamos, á pesar del grande impulso, por desgracia paralizado hoy nuevamente, que se dió á la construccion de toda clase de vías en época más próxima,

no podemos gloriarnos de grandes progresos en el camino de la civilizacion. Bastante nos falta todavía para contar al presente con una red de caminos tan espesa y tan perfecta como la que aquellos conquistadores establecieron en nuestro suelo, mirando, no sólo á los intereses militares y á los medios de extender y asegurar su conquista, sino tambien á desarrollar los gérmenes de riqueza que brotaban por doquier. Desgraciadamente, las dominaciones de otras razas más rudas y refractarias á toda idea civilizadora, la entrada de los árabes y la guerra de casi ocho siglos que costó su expulsion, no nos permitieron utilizar estas vías para otro objeto que las expediciones guerreras, y ellas sirvieron indudablemente para facilitar y abreviar esas mismas invasiones y conquistas.

Libre al fin el territorio español á fines del siglo xv de todo dominio extraño, nuestra actividad, léjos de dedicarse á investigar y extraer todas las riquezas que ofrecia el pátrio suelo, lanzóse á descubrir y colonizar países lejanos y, lo que es peor, á suscitar largas y costosas guerras en el propio continente. Nuestra raza venía desde tiempos muy remotos avezada á bélicas empresas, y desdeñaba buscar en la paz y en un trabajo constante y ordenado, lo que apénas lograba reunir á costa de rudos combates y extraordinarios pero interrumpidos esfuerzos, para derrocharlo en seguida del modo más lamentable. Cuando nuestro decaimiento llegó á su último extremo; cuando vimos perderse una á una, y principalmente por la traicion y notoria ingratitud de sus habitantes, las provincias ultramarinas que habíamos poblado y civilizado, y despues del gigantesco alarde hecho en la guerra de la Independencia, imposibilitados ya de llevar nuestras armas á extrañas tierras, las hemos esgrimido, tras de breves descansos, para desgarrarnos más y más en sangrientas luchas civiles que son nuestra ruina y nuestra vergüenza.

Menor debemos tenerla de haber sido dominados por los romanos, que al fin á ellos debimos los primeros gérmenes de

nuestra civilizacion, la base de la legislacion patria y el fundamento de nuestro hermoso lenguaje. Si fuimos subyugados por ellos, no fué sino despues de incesantes y cruentas lides, venciéndolos muchas veces y haciéndoles comprar bien cara la victoria. La superioridad de su civilizacion, la ventaja de la unidad de sus esfuerzos, luchando con diferentes razas poco homogéneas y unidas con débiles lazos, cuando no enemigas, explican sus triunfos, hasta en aquellos casos en que no fueron debidos á la traicion y al dolo. Desde esas guerras están acreditados en el mundo entero nuestro valor y nuestra firmeza incontrastable; de la lealtad española será monumento eterno el sacrificio de **SAGVNTO**: de su heroicidad y aversion á todo yugo extranjero, darán siempre fé la hecatombe de **NVMÁNTIA** y las de **ÁSTAPA** y del monte **MEDVLIQ**, no tan nombradas en la Historia, pero no por eso ménos gloriosas.

HE DICHO.



# CONTESTACION

DEL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE



¿Lo habeis oido, Señores? el que hoy viene á tomar asiento en esta Academia, trae el propósito firme del trabajo que tanto le ha enaltecido en su carrera militar y científica.

Educado, además, en una escuela que, si moderna como institucion, encierra, sin embargo, tradiciones de las más antiguas en el hombre, las de la defensa personal y colectiva, no ha de carecer, así como del celo y la constancia que requieren las lentas y penosas tareas de su profesion, de los conocimientos que supone una ciencia descansando, cual sabeis todos, en el de la condicion humana y en esfuerzos de inteligencia que sólo pueden obtener su completo desarrollo con la sucesion de los tiempos.

Porque, más que ningun otro, exige el ejercicio de la guerra la observacion constante y profunda del corazon, si esas muchedumbres, agitadas de pasiones siempre ardientes y no pocas veces contrapuestas, han de ser dirigidas hácia un objeto determinado y útil.

Y, ¿cómo penetrar en los apretados pliegues de la conciencia humana sin su estudio por medio del de las generaciones pasadas en sus múltiples evoluciones sociales y políticas?

Los sucesos militares van, por otra parte, dejando uno como rastro de las causas que han producido su desenlace en el de los elementos materiales que sirvieron á su accion más ó ménos

enérgica. De observarse esos elementos desde su origen é irlos siguiendo con amor en el progresivo crecimiento de su fuerza, á estudiarlos tan sólo en el estado de su mayor desarrollo, hay la diferencia que de observar un monumento desde la altura de donde se descubren los tiempos de su construccion, el genio y el ideal de sus artífices, á estudiarlo nada más que en la robustez de sus muros, en las proporciones de sus líneas ó la delicadeza de sus adornos.

Tiene, pues, el arte de la guerra por fundamentos los más sólidos la Filosofía y la Historia, en consorcio indisoluble para la resolucion de los problemas en cuyos términos entran los agentes que determinan la fuerza en los campos de batalla.

Y el Sr. Coello ha hecho la guerra en el territorio patrio y fuera de él, esto es, donde ha podido estudiar sus más esenciales caractéres. En España y á su salida de la Academia de Ingenieros, formó parte del ejército del Norte, cuando en 1839 pasó al Centro, y, despues de haber contribuido con su valor y celo inteligente á la expugnacion de Segura, Castellote y Morella, esos nidos de águila que con envenenados dardos defendia el genio de nuestras discordias, fué á recorrer en Cataluña la que, erradamente por desgracia, creíase última etapa de la fratricida y desesperante lucha que, con raras interrupciones, hace medio siglo que agita á nuestra desgraciada patria. En África, hizo tambien la guerra, aunque con la mision, tan sólo, de observar los procedimientos que para ella usaban los generales franceses, en cuyas operaciones tomó parte tambien; dejando, como era de suponer, bien puesto el honor de nuestros compatriotas y trayéndoles vasta copia de datos para que en ocasion próxima pudieran combatir acertada y felizmente á nuestros enemigos de aquel mismo lado del Estrecho gaditano.

Si en alguna region del globo son de admirar las ruinas de los monumentos que el Pueblo-Rey fué por él sembrando como hitos perdurables de su dominacion tantas veces secular, es en África, donde las invasiones que acabaron con esa domina-

cion parecian esmerarse en contraponer á la grandiosidad romana el ánsia vandálica de los Hiperbóreos ó el abandono característico de los hijos del Desierto. En aquella tierra, por tantos títulos privilegiada, que sólo podia encontrar rivales en las penínsulas del Occidente de Europa, de quienes la separa el Mediterráneo, abundan las ruinas como en ellas, pero más gigantescas, más imponentes para el que se detiene á contemplarlas junto á los miserables aduares ó en los raros oasis que la barbarie consiente todavía.

Si el Sr. Coello, pues, habia comprendido en la guerra española la necesidad de un conocimiento del terreno, más circunstanciado y exacto del que podian proporcionarle los imperfectos mapas que entónces poseíamos, y ya para su remedio habia comenzado la grande obra que le ha dado á conocer en los centros científicos del mundo; en África, el espectáculo de tanta y tanta fábrica con que la severidad romana habia querido eclipsar las anteriores magnificencias de la aborrecida Cartago, le arrastró á la aficion, primero, y al estudio concienzudo, despues, de ellas en aquel país y el nuestro.

Alternando con los trabajos del *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*, que todos conoceis, premiado en las Exposiciones internacionales de Europa y que le ha valido nombramientos y títulos honoríficos de las principales sociedades geográficas, daba á luz el Sr. Coello varios otros que ofrecen utilidad manifiesta para el progresivo desarrollo de nuestros intereses materiales. El *Proyecto de las líneas generales de navegacion y de ferrocarriles en la Península*; el *Informe sobre el plan general de ferrocarriles de España*; la *Reseña geográfica* que se imprimió al frente del primer *Anuario*, y muchos é importantes proyectos y reglamentos presentados á la Junta de Estadística, donde creó para los procedimientos topográficos parcelarios el personal que hoy está dando resultados tan brillantes, é inició estudios que han visto la luz posteriormente, son, con efecto, trabajos que, al llegar á su completo desenvolvimiento, han de aumentar

considerablemente la riqueza pública. Pero, áun siendo tan importantes, no le hacian descuidar esos trabajos el nunca olvidado en sus tareas ordinarias, el preferido por ameno é instructivo, el de preparar un conocimiento, el más exacto posible, de las vías romanas, destinado á darse á la estampa con otros que indudablemente han de honrar á su autor y á la Academia que le ha llamado á su seno.

De propósito he dejado de citar uno que sólo me atrevo á recordaros con el nombre de opúsculo por ser fruto de tareas compartidas entre el Sr. Coello y el que en estos momentos tiene la honra de dirigiros la palabra. *La Descripción y Mapas de Marruécos* que aparecieron al iniciarse la guerra de África, tan gloriosa para el valiente ejército español, representan, mejor que nuestras aficiones geográficas é históricas, los sacrificios que el Sr. Coello se ha impuesto para formar el costoso arsenal de datos que constituye su rica biblioteca. Para ella han sido explotados los archivos de Francia y de Inglaterra, en los que ha hecho sacar copia de los documentos que pudieran interesarle; y no ha habido en España zona poco explorada, ni punto de dudosa situación ó vagamente descrito, del que no exista en poder del Sr. Coello un plano exacto ó un reconocimiento minucioso. Las regiones estratégicas, los campos de batallas, así antiguas como modernas, las ruinas y despoblados, cuantos objetos constituyen el estudio del geógrafo y del historiador, se encuentran allí representados gráficamente ó descritos con la mayor escrupulosidad á fuerza de trabajo y de dispendios poco comunes en esta época.

Pero ¿á qué he de seguir, como podria, en el elogio del señor Coello, yo, su compañero de armas y su amigo de largos años, cuando tan cumplido, Señores Académicos, y tan sincero se lo acabais de dirigir al designarle un asiento á vuestro lado?

Si, áun así, hubiera el Sr. Coello de acreditar la benevolencia de que le haceis objeto, ahí está su discurso, que bien elocuentemente la justifica y ensalza, y al cual darán mayor interés, cuando

se publiquen las *Noticias* de que, por su excesiva extension, ha creído no deber acompañar sino una pequeña parte.

No pondreis en duda su acierto en la eleccion de asunto, siendo el que os ha presentado de los tan propios de la pluma del geógrafo y del anticuario como de la del militar; la de aquellos para dar al papel ideas, aunque ya vertidas en cien y cien escritos, rectificadas con nuevos descubrimientos, con exámen fundado en mayor copia de datos, y juicios, por eso, diferentes; la del soldado, poniendo de relieve los medios que las organizaciones antiguas añadian á la disciplina de quienes á ella lo debian todo, constitucion social, victorias y conquistas, para hacer su dominacion tranquila y duradera.

Ese, con efecto, era uno de los fines á que los romanos dirigian la construccion de las vías que el Sr. Coello acaba de describir y puntualizar en la medida á que puede dar espacio un discurso académico.

La estrategia, en su sentido actual, si no tenia nombre, se aplicaba ya por los genios militares en la escala que consentian las armas, las comunicaciones y los conocimientos geográficos de la época. En Alejandro se habia descubierto algo más que el solo instinto atribuido por Bianchi á los grandes hombres griegos y romanos; se habian observado pensamientos tácticos que exceden en grandiosidad á los que generalmente exigia el manejo de la falange en los campos de batalla. La movilidad de la legion convidaba mejor á las operaciones estratégicas; y á esto y á la elasticidad de sus filas, que hacía de su formacion la más ofensiva de todas las antiguas, inclusa la nuestra del *cúneo*, se debe aquella superioridad militar á que Polibio atribuia los reveses y la esclavitud de la Grécia. Y si bien ante la pericia profesional de Pirro y las estratagemas de Aníbal caian los romanos como envueltos en una ignorancia, bien disculpable todavía, sus mismas desgracias les enseñaron á contraponer, como á la ciencia bélica del Epirota la observacion de los procederes que él empleaba, á la habilidad del Cartaginés el aprovechamiento de los accidentes

del terreno teatro de la guerra. No encerraban los planes de Fabio la elevacion de ideas que hacian suponer el paso del Ródano y el allanamiento de los Alpes; pero maniobrando cautelosamente en los montes Sámnicos y la Lucania, de dominacion en dominacion, sin cesar un momento en sus amenazas sobre los flancos y la retaguardia de su experto enemigo, llegó á burlar todos sus planes, áun con ser el primer hombre de guerra de aquellos tiempos.

Al estudiar tan admirable campaña de diez y seis años, en que hay muchos que no quieren descubrir más que la actividad y astucia de uno de los contendientes y la constancia indomable del otro, puede observarse, sin embargo, cuánta parte cabe ya á los conocimientos geográficos en el ejercicio de la guerra, y cómo va el arte desarrollando sus medios más eficaces, no sólo á favor de las organizaciones más ó ménos sábias, sino buscando tambien en la movilidad el contrapeso de la fuerza. Lo que despues se atribuia á prevision del célebre Mariscal de Sajonia, aquel axioma, tan preconizado por sus admiradores, de que *todo el secreto de la guerra estaba en las piernas*, no era ni podia ser sino resultado de sus estudios sobre las operaciones militares así antiguas como de su época.

Y, si no; ahí están la retirada de los Diez mil; ese mismo paso del Ródano que acabo de traer á vuestra memoria; la marcha extraordinaria y hábil de Cláudio Neron desde la Lucania al Metauro, é infinitas otras operaciones posteriores que no dejan sino la novedad de la frase al vencedor de Fontenoy.

La invasion de los romanos en España no podia ofrecer el carácter esencialmente técnico que hubieran aspirado á darle en otras condiciones.

Se habia destinado á tamaña empresa un ejército que, al desembarcar en Ampurias, tenia que dirigirse á destruir la dominacion de los cartagineses por el camino del litoral del Mediterraneo que éstos habian seguido en su rápida conquista y ahora frecuentaban para comunicar con su caudillo y hacerle llegar los

incesantes y considerables refuerzos que exigía su posición, á cada momento y segun avanzaba por Italia, más y más comprometida.

Ese camino, pues, que conducía á Cádiz por los nuevos establecimientos cartagineses de Barcelona y Cartagena, las ya viejas colonias de los griegos y las fenicias de la costa y del valle del Guadalquivir, fué el que los dos hermanos Escipiones siguieron con la triste suerte que todos sabeis, y el que poco despues allanó el heróico mancebo hijo de uno de aquellos varones insignes.

Pero no era esa la direccion conveniente para hacerse los romanos dueños de la Península, ni la hubieran tomado sin la presencia de sus enemigos ya tradicionales, los cartagineses. Así es que, á pesar de sus triunfos de entónces y de los posteriores alcanzados por sus armas en Lusitania y Celtiberia, hay que reconocer que una de las causas á que debe atribuirse la duracion dos veces secular de la conquista romana es á la manera obligada y, como tal, errónea que hubieron de adoptar los generales en sus primeras operaciones y campañas.

Y es tanto más probable tal motivo y aparece tanto más fundada la opinion que acabo de emitir, cuanto que, repetido aquél, puede ésta corroborarse con otro ejemplo reciente y elocuentísimo de la influencia que en la duracion y hasta en el éxito ejercen el tino ó la falta de acierto en los movimientos con que se inicia una lucha de tamañas proporciones.

Como á los romanos la urgente necesidad de expulsar á los cartagineses de la Península, obligaron al emperador Napoleon sus tenebrosos planes, el disimulo que éstos exigian, y los pretextos que le era necesario usar, á emprender la conquista de España en una forma que, además de indigna y provocadora de la explosion nacional, resultado el más influyente en el desastrosísimo de sus proyectos ambiciosos, debia producir el aniquilamiento de los brillantes ejércitos de la Francia. En vez de penetrar con dos cuerpos, si bien numerosos, de tropas por los dos extremos del Pirineo, y, sujetas las provincias del otro lado

del Ebro, acometer paulatina pero sólidamente la entrada en la meseta central para, ocupada de zona en zona, sin dejar peligro alguno presente por los flancos ni retaguardia, extender más tarde sus miras al Occidente y al Mediodía, Napoleon emprendió la conquista de una vez, esperando con una sola, mas gigantesca, combinacion ahogar en su nacimiento todo espíritu y todo conato de resistencia en los estupefactos españoles.

Un ejército combatia en Portugal, otro en las márgenes del Guadalquivir, y en Valéncia, Cataluña y Zaragoza otros, y otros diferentes; pero con suerte tan aciaga todos, que al mes de inaugurarse operaciones tan excéntricas y, si puede decirse, tan descosidas, los franceses que no habian quedado en nuestras manos, vencidos, rotos y maldiciendo de sus jefes, tornaban al Ebro al apoyo del único ejército que, precisamente por estar en su puesto, habia podido mantenerlo con honra y con fortuna. Y aquellas águilas, que aún llevaban en sus ensangrentadas garras trofeos de reyes y emperadores que se consideraban invulnerables, se detenian despues dos años ante la oscuridad que en las gargantas Mariánicas producía la memoria del desastre más inesperado que la Francia registra en sus anales.

Porque el posterior de Sedan, y permitidme la digresion en obsequio á su patriótico objeto, habrá podido ser de proporciones, al primer golpe de vista, más grandiosas, pero en cambio debia estar previsto por las inteligencias perspicaces que observaban la robusta organizacion, la disciplina rigurosa y los colosales aprestos con que los enemigos de la Francia se aperciaban á una lucha ya inevitable. Y ¿con quiénes venian á pelear en España los aguerridos soldados de Marengo y de Austerlitz y Jena? Yo niego que fuera con los que ellos no se cansaban de llamar *brigantes*, y algunos de nuestros compatriotas han dado en pintar amasijo informe y abigarrado de gentes sin organizacion, montaraces y desarrapadas; que la casi totalidad de los voluntarios habian sido incorporados por Castaños en los cuadros de los antiguos regimientos. Ese fué el más relevante ser-

vicio de aquel general ilustre. Allí mostraron de nuevo sus colores al enemigo las viejas casacas manchadas no hacía mucho de sangre, ó cubiertas con el polvo glorioso de *Thuir* y del *Boulou*, de la *Croix des Bouquets* y *Castell-Piñon*. Pero, hay que confesarlo á la vez, las imaginaciones más acaloradas no podían prometerse de aquellos batallones la serenidad ni la solidez que hicieron ver ante los que acababan de humillar en el Vístula el formidable poderío de la Rúsia. Y si en Sedan se hundió el segundo imperio, representado, además, por quien nunca revelára prendas militares, el primero dejó adivinar en Bailén el camino de Santa Elena, donde, nuevo Prometeo, moria despedazado por el buitre de su ambicion y de su soberbia el más insigne capitán de los tiempos modernos, superior, en concepto de muchos, á los más esclarecidos de la antigüedad.

Pero volvamos al estudio de las guerras ibéricas.

Esas causas que hemos enunciado, hoy transparentes y que tanto influyeron en el malogro de los proyectos de Napoleon, dieron lugar, entre otras sumamente honrosas para nuestros padres, á que, cual lo dice Tito Libio, la primera de las provincias de tierra firme en que penetraron los romanos, fuera, sin embargo, la última en someterse á sus armas y á sus leyes.

Cumplido su primer propósito, el de la expulsion de los cartagineses, y castigadas las sublevaciones que se sucedieron en las comarcas próximas al litoral del Mediterráneo en que habian operado, los romanos, pensando ya en la ejecucion de un plan razonado y metódico, comenzáronla por la ocupacion del valle del Ebro hasta Tudela, límite que por mucho tiempo se impusieron para concentrar más y más sus operaciones. Su establecimiento en aquella línea debia ser tanto más sólido, cuanto que las provincias, entónces llamadas citeriores, por donde se extendia, eran consideradas en Roma, y así lo proclama Lucio Floro, como el nervio de la nacionalidad española. Fundáronlo, sin embargo, sobre cimientos tan robustos, que sólo en alguna suprema crisis de las por que hicieron pasar á la dominacion ro-

mana las convulsiones políticas que se dejaban sentir en la metrópoli, volvieron á escuchar las montañas de Aragon y Cataluña el grito de independendia que ántes y despues han repetido tantas veces.

Desde el Ebro se alcanzan muy luégo las cumbres de la divisoria ibérica, donde hay realmente que buscar el dominio de la Península. Porque siendo origen de las principales cordilleras que accidentan, y séame permitida la palabra, la vasta planicie central, y dándolo tambien á los rios y valles más importantes, esa divisoria es como la ciudadela que domina y comanda la region central de nuestra patria hasta las ya remotas que bañan el Mediterráneo, por un lado, y el Atlántico, por el otro.

Y ahí teneis revelado el interés que los romanos ponian en la ocupacion de Numáncia, la *nacioncilla*, como llegó á llamarla uno de ellos, que puso á dos dedos, sin embargo, de su ruina la obra de dominacion tanto tiempo ántes acometida por el Pueblo-Rey, dominador del mundo.

Un escritor francés, tan ingenioso como casi todos los compatriotas suyos, ha dicho, describiendo las condiciones militares del territorio de Pavía, que existen comarcas que, como aquella por ejemplo, atraen los rayos de la guerra.

Nada más exacto: y si ahora no, yo os señalaré luégo, y sin fatigar vuestra memoria con el recuerdo de todas nuestras guerras, alguno de los muchos puntos que en España disfrutaban de propiedad tan funesta.

La feracidad del suelo atrae su poblacion, y ésta lleva consigo la necesidad de las comunicaciones, en cuyo número y enlace se deja muy pronto traslucir el de las operaciones militares que siempre se dirigen á países donde abastecerse con abundancia y á poblaciones en que influir decisivamente. Todo punto, pues, cuya posesion llene esas condiciones, ó donde se verifique la interseccion de vías que importe seguir para conquistar, reducir ó someter provincias limítrofes, es un punto estratégico y, como tal, atraerá á los ejércitos, como ántes de ellos á la indus-

tria y al comercio. Pero si además se encuentra en region dominante de donde se pueda descender á los valles en que residen la riqueza y la industria, objetivo de todos los conquistadores, entónces no hay duda alguna de que, cual las cumbres en que asienta arrastran hácia sí las exhalaciones de la atmósfera, ese punto atraerá con igual fuerza y del mismo modo los huracanes de la guerra.

Numáncia se hallaba en ese caso, y los romanos lo comprendieron desde el instante de su establecimiento definitivo en la region central del Ebro. Buscaron, pues, pretextos y pretextos para provocar el conflicto que anhelaban y, aunque tras de una série de reveses tan repetidos como ningun otro pueblo los ha hecho sentir á sus contrarios, cayó la ciudad heróica, víctima de su posicion y del aislamiento en que la dejaron sus torpes ó envidiosos vecinos.

Porque, bien lo sabeis, sin la funesta division de los españoles, ¿cómo era posible que cayesen en la servidumbre romana?

Quien observe los escritos de los historiadores latinos, se penetrará desde luégo del convencimiento íntimo de que, fomentando las divisiones intestinas, innatas en nuestros compatriotas, y aprovechándose de ellas, es únicamente cómo los suyos lograron terminar la conquista de la Península. Si alguna de las innumerables tribus que la poblaban ó una de sus ciudades, indignada de la perfidia ó de la cruel rapacidad de los delegados romanos, apelaba á las armas, podia contar con que, sola como entraba, habia de quedar en la demanda, viendo las demás con la mayor indiferencia, ya que no con satisfaccion interior, su humillacion y desventura. Ni con Viriato, cuyo generoso arranque y las victorias que alcanzaba con un puñado de rudos montañeses debian animar á sus vecinos á prestarle su concurso, lograron ponerse de acuerdo para ejecutar la empresa que tan gloriosamente habia comenzado.

No ménos favorable se presentó la ocasion de la guerra de Numáncia. Uno tras de otro, sin interrupcion alguna, fueron

vencidos tres ejércitos formidables. Su reemplazo y las maquinaciones del Senado romano para, eludiendo la fé jurada, burlar la credulidad de los numantinos, daban tiempo sobrado, ¡catorce años, Señores! los más gloriosos de nuestra edad antigua, para que los españoles llegaran á descubrir el secreto de su fuerza; y, sin embargo, las excitaciones de aquellos héroes, sus advertencias y ruegos, sólo produjeron la adhesion de una tribu vecina cuyo castigo dejó completamente aislada á la ciudad que sus mismos enemigos apellidaban ya *El Terror de Roma*.

Fué necesario que uno de esos enemigos viniese á enseñar á los que poco ántes habia rudamente combatido, que con la union y la disciplina podia aspirarse, no solamente á la independenciam de la patria, sino que tambien á la ejecucion de pensamientos tan elevados como el de conquistar el Capitolio para un proscrip-to.

Como Viriato, cayó Sertorio bajo el peso de la fé romana y, como ante el cadáver del cazador lusitano, se deshicieron ante el del adversario de Sila las coaliciones formadas con tanta habilidad y trabajo, tornando las repúblicas españolas á su anterior aislamiento y á sus enconadas rencillas.

Romped, Señores, las páginas de la historia nacional: manchadas se hallan todas con el borron oscurísimo de nuestras discordias que, como ha dicho muy bien el Sr. Coello, son nuestra ruina y nuestra vergüenza. Arrojad de la memoria tantas y tan brillantes proezas como ejecutaron los antepasados nuestros, porque las encontrareis eclipsadas por las tristes luchas de hermanos, de efectos cien y mil veces funestos é irreparables. Y si alguna vez asoman á vuestros labios esas fechas ruidosas, siempre pendientes de los de nuestros soñadores de glorias, que sea para templar el entusiasmo que encienden con el recuerdo de las ocasiones en que el cáncer de las luchas civiles ha llegado á secar los gérmenes todos del engrandecimiento de la patria.

Porque todos parece que en este desgraciado suelo nuestro se han propuesto destruir y no edificar. Lazos de raza, tradiciones

históricas, cuanto tiende á unir y dar fuerza á una nacion á quien nada falta, posicion privilegiada, aislamiento que concentra y unifica, un cielo esplendente, riqueza y feracidad: todo, todo se ha roto en ella con ánsia y con fruicion verdaderamente satánicas. Para España no han trascurrido sino edades de hierro una tras de otra, cubriendo de ruinas su hermoso suelo, y regándolo con sangre, para así fecundar sin duda la desunion de sus hijos. Y si de vez en cuando, muy de tarde en tarde, ha surgido de entre ellos una inteligencia superior ó un gran carácter, muy pronto, y ántes quizás de iniciar su accion benéfica y salvadora, han desaparecido sofocados en el cieno de tanta pasion mezquina como nos trabaja.

Perdonadme, Señores Académicos, este desahogo, porque abrigando la conviccion, de muy atrás arraigada en mí, de que es la desgracia y no la prosperidad la que enseña y corrige á los hombres, quisiera se les recordase con frecuencia y sin miramientos que neutralizasen la buena obra de vuestras lecciones y ejemplo. La memoria de las empresas felices, si crea el orgullo que eleva el espíritu, dá tambien origen á la vanidad jactanciosa y corruptora, causa del individualismo, de la desunion y de la ruina.

La discordia atizó, como ya he dicho, la pira gloriosísima de Numancia, y las conquistas, hasta entónces no sólidas de los romanos, fueron, aunque paulatinamente, haciéndose definitivas, con asentar las legiones la ruda y arbitraria autoridad de sus cónsules y pretores por toda la meseta central y hasta las márgenes del Atlántico.

No quedó luégo otro punto de refugio para los insumisos que las montañas cantábricas y de los astures; pero tambien Augusto las sometió, para dar principio á la era de paz que lleva su nombre.

Cubrióse entónces la Península de campamentos, de fortalezas y mansiones donde abrigar la fuerza y sostener la autoridad del Emperador y de sus delegados. Era, sin embargo, necesario

que esos puntos de apoyo de la dominacion romana, como los en que descansaba la sábia y hasta cierto punto liberal administracion de los vencedores, comunicasen entre sí para hacer más eficaz la accion militar y recoger fruto mayor de la conquista, y toda la sobrehaz de la Península se vió cruzada de los caminos, varios de los cuales acaba el Sr. Coello de describirnos tan hábil como circunstanciadamente.

Así como el nuevo Académico demuestra, y con pruebas irrefutables, que esas vías, en su direccion y enlace, deben observarse por el prisma de la Geografía y de la Historia, del mismo modo los acontecimientos que presenciaron y las operaciones militares á que dieron paso deben estudiarse por el no ménos refringente y diáfano del arte de la guerra. Esas vías, para valerme de una idea anteriormente emitida, son los conductores, y su interseccion ó el tronco de sus ramificaciones es el punto á que se dirige y donde va á estallar el rayo con todo su terrorífico y asolador cortejo.

Yo no tendria más que citar algunos nombres, ÉBVRA, EMÉRITA, PALANTIA, por ejemplo, para que este ilustrado auditorio corroborara mi opinion. Sobre uno, con todo, voy á excitar sus recuerdos; que estoy bien seguro de que á su solo ruido se han de amontonar en su memoria.

La region Mariánica, que en una gran parte de su vasta y montuosa periferia asemeja el oscuro recinto fortificado de la antigua Bética, tan codiciada por el extranjero, ofrece un punto; mejor, una pequeña zona, adonde puede decirse que se han dirigido en todas las edades de nuestra historia el pensamiento de los invasores, la accion de sus legiones, los furores todos de la guerra. Aquel fué el teatro de la lucha de los primeros Escipiones, y no léjos, como os ha dicho el Sr. Coello, se encendió la pira del más ilustre de ellos. En él tuvo lugar la sangrienta escena en que con el vencimiento de Asdrúbal Barquino, el héroe desgraciado del Metauro, y el posterior del otro Asdrúbal, hijo de Gisgon, fué terminada la expulsion de los cartagi-

neses. Allí, más tarde, se celebró el gran triunfo de la Cruz con el puede decirse maravilloso de las Návatas de Tolosa, y en época no lejana obtuvo nuestra España el, ya lo he dicho ántes, inesperado privilegio de ser la que determinase la decadencia militar y la ruina del imperio más poderoso de los tiempos modernos. País admirable, donde se abren las puertas de esa hermosa Andalucía, vergel encantado de flores, emporio de riqueza inacabable, cuna de las musas españolas y foco de donde irradian las artes de la civilización en todos sus grados y formas.

Eso, precisamente, hizo tan codiciable aquella región que parecía encerrar el genio de nuestra patria, y por eso, sus puertas, las que dan paso al Guadalquivir y al Guadiana menor, cuyas aguas parecen guiar á los invasores desde las provincias centrales y el litoral del Mediterráneo, han servido y servirán siempre de palenque donde se decida el éxito ó el malogro de sus operaciones. La destrucción de **CASTVLO** exigirá distintas comunicaciones; nuevos caminos llevarán á Bailén la importancia estratégica que encerraba aquella ciudad antiquísima, y otro muy reciente logrará trasladarla á Mengívar donde se cruzan ahora las más importantes de la comarca; pero nunca dejará ésta de ser la arena donde se decidan los destinos de las provincias andaluzas.

Pues bien, si se observan á través del prisma militar la dirección, las ramificaciones y los enlaces de los caminos romanos, se podrá, sin dar al desprecio objetos tan importantes como los de la administración y la política, obtener la convicción íntima, la más satisfactoria, de que, más que á ningun otro, obedecía su construcción al pensamiento de sujetar el país de una manera permanente é irresistible á la dominación que tanto tiempo, sangre tan copiosa y tan ricos tesoros había costado á la metrópoli latina. En dos largos siglos de esfuerzos y de sacrificios cuales ningun otro pueblo los había exigido, el español no había cesado de protestar, mejor que en el Senado, en las montañas patrias y con las armas en la mano, de los atropellos y de los

robos que en él ejercian los delegados romanos. Augusto habia tenido que postergar tambien los graves negocios de su gobernacion casi universal al, por lo visto, urgentísimo de la sublevacion cántabra, principio, en su concepto, de otras más generales que pudieran comprometer su dominacion en España. Y vencidos y sujetos los cántabros y los que en el MEDULLO habian tambien levantado el estandarte de la Independencia, se decidió á ejecutar un plan de ocupacion militar que sofocára, al nacer, cualquier movimiento insurreccional de los españoles.

Su atencion se dirigió, sobre todo, al establecimiento de una gran fortaleza donde, alojando á los que por su constancia en el servicio, sus varias campañas y honrosas heridas habian cumplido con la ley militar, al mismo tiempo que el descanso ya necesario y la recompensa debida recibian la mision de vigilar de cerca á los siempre inquietos lusitanos. Y Mérida fué elevándose en robustez é importancia á tal grado, que asombran todavía lo dilatado de su perímetro, el espesor de sus murallas, la capacidad de sus cuarteles y la belleza y magnificencia de los monumentos de toda índole, la importancia de cuyas ruinas revela bien elocuentemente la que Augusto y sus sucesores daban á la ciudad asombro, despues, de Muza y sus secuaces.

En el reinado de Vespasiano vino á reorganizarse en España la Legion *septima gemina*, que dió nombre á un nuevo campamento, establecido al pié de los Pirineos Astúricos, en posicion tan ventajosa para observar las comarcas, entónces casi salvajes, que caian como de golpe sobre el Océano y las que, ricas en sol y en agua, van deprimiéndose hasta el Duero, que más tarde hubo de elegirse para cabecera insigne de uno de los reinos más influyentes en la reconquista cristiana.

Alternando con la fundacion de aquellos establecimientos puramente militares, atendian los romanos á las defensas de las varias ciudades que exigian presidios numerosos, ya por la resistencia que sus moradores les habian opuesto en la época de su conquista, bien por su situacion, apoyada ántes en la cordillera

que ocupaban las tribus más belicosas del Norte y Noroeste de la Península, y contrapuestas, ahora, á sus irrupciones y correrías. Sería interminable la relacion de las ciudades cuyos muros fueron reforzados ó extendidos á zonas de defensa mejor entendida, de los campos atrincherados establecidos en puntos verdaderamente estratégicos que no respondian, sin embargo, á un pensamiento mercantil ó agrícola, de los fuertes que atalayaban un territorio sospechoso ó vigilaban desfiladeros de tránsito preciso. Pero ciudades, campos atrincherados y fuertes fueron puestos en cómoda y rápida comunicacion por medio de esos caminos que con tal arte os ha descrito el Sr. Coello y que, no sin exactitud, han sido calificados por muchos de estratégicos y, no sin motivo fundado, han recibido de la tradicion el nombre de militares.

No vaya, por eso, á creerse que cuantos se ve que cruzaban la Península fueran debidos á la munificencia romana, ni tampoco todos obedeciesen á un pensamiento exclusivamente bélico. Antes de venir á España los romanos, habia aquí una civilizacion que, entre otros objetos, atestiguan de un modo irrecusable las medallas y monedas, tan primorosamente trabajadas que cuesta no considerarlas como apócrifas. Habria, pues, trato frecuente entre los centros de poblacion, que necesitarian cambiar sus respectivos productos agrícolas é industriales, y caminos, de consiguiente, para cultivarlo. Pero los romanos, no sólo dieron, condiciones de solidez y de comodidad á esos caminos, no sólo cuidaron de su reparacion y ensanche, sino que, hecho un estudio detenido y concienzudo del terreno, sin perder un momento de vista los rudos accidentes que lo hacen tan vario, observándolos y midiéndolos, cual acaba de decirnos el Sr. Coello, no cesaron de trabajar hasta la conclusion de esa inmensa red, tela espesísima de araña con que, á la par de la prosperidad de nuestras comarcas, tan ricas en frutos y metales, labraban la sujecion y servidumbre de los moradores, tan amantes de su independencia.

Arrojad sino la vista sobre un mapa de la España antigua, y notareis cómo las vías romanas van, de fuerte en fuerte, extendiéndose paralelamente á las fronteras de esas comarcas belicosas. La línea, por ejemplo, de **POMPAELO** á **ASTÚRICA**, que va recorriendo el pié del Pirineo, por **SVESSATIO**, **VIROVESCA**, **LACOBRIQA**, **CAMALA** y **LÉGIO**, representa, para todo hombre dedicado al estudio de la guerra, la línea defensiva contra los vascones, cántabros y astures, que desde sus oscuras é inhospitalarias montañas estaban de continuo amenazando con sangrientas correrías. La de **ASTÚRICA** á **ITÁLICA**, por **BRIGAÉTIVM**, **SALMÁNTICA** y **EMÉRITA**, ofrece el doble carácter de la vigilancia sobre los galláicos y lusitanos, como paralela á la línea de altas mesetas que, por un fenómeno singular de nuestro sistema orográfico, corta casi perpendicularmente los rios más caudalosos que se dirigen al Océano occidental, y el ofensivo hácia esas mismas tierras donde los romanos cuidaron de abrir muchas y muy bien entendidas comunicaciones. La pobreza de las montañas septentrionales no les convidaba á una ocupacion que, de ser sólida, habia de hacerseles costosa; lo vasto del territorio occidental, regado de varios y caudalosos rios que lo hacen feracísimo, valía ya la pena de los sacrificios que exigirían el valor y la pertinacia proverbiales de sus moradores.

Ahora bien: si atentos á los principios fundamentales del arte de la guerra, axiomas ya hoy de la estrategia para los que se dedican á su estudio, seguís observando el sistema vastísimo de los caminos romanos, muy superior, cual habeis oído, en extension al de nuestros tiempos, observareis que no son dables conocimiento más profundo del terreno y de la índole de sus habitantes, ideas más arraigadas sobre las cosas militares, ni aplicacion más hábil de ellas á las relaciones de los conquistadores y los vencidos. Sin llamarse arte todavía el estudio de la guerra, sin constituir su ejercicio una carrera aparte en la sociedad romana, y sin sonar en los oídos de sus personalidades más eminentes los nombres ni las clasificaciones que los modernos hemos robado á

su idioma ó al de sus maestros los griegos, supieron construir una red de caminos que hoy sería el *non plus ultra* de la ciencia estratégica para situaciones como las que ellos tenían que dominar y sostener.

Así, y sólo así, podían aspirar á la dominacion de un pueblo tan amante de su libertad, tan engreido con su valor, tan pertinaz y soberbio. Que lo consiguieron y de una manera estable y duradera, no se atreverá á ponerlo en duda quien recuerde cuántos siglos pasaron de paz y de resignacion por parte de nuestros mayores sin que las raras sublevaciones, siempre parciales, de sus repúblicas ó tríbus, amenazasen nunca el imperio de los romanos que, en cambio, les dejaban una independendencia relativa no poco halagüefia para ellas.

Los españoles, sujetos con aquellos lazos de hierro ó inducidos á pelear por sus señores en tierras extrañas, pero halagados tambien con las concesiones que les hacian para que, con la satisfaccion de una vida culta, olvidáran la servidumbre á que se hallaba sujeta la patria, empezaron muy luego, sin embargo, á conspirar contra su dominadora en el seno mismo de la metrópoli. Pero no ya como Indívil y Mandonio, ni como Viriato y Megara, para sacudir el yugo romano en el suelo patrio, no ya como en la época de Sertorio para castigar en el Capitolio las depredaciones de los cónsules y la falta de probidad y de justicia de los senadores, sino para con sus talentos y virtudes arrebatarse á los dominadores del mundo sus sillas de marfil y de oro en el Fórum y el Palatino. Y los Rostros son escalados á porfía por oradores y legistas que, hecho su aprendizaje en España, van á practicar y áun á establecer sus escuelas en Roma; las termas y bibliotecas se ven inundadas de gramáticos, retóricos y geómetras que en ellas presentan obras, de las más preciadas, de la literatura latina ó de utilidad indisputable para la agricultura y la industria; los salones y triclinios del Quirinal, el Ateneo y el Palatino resuenan con versos que rivalizan con los de Juvenal, ó pueden escucharse gratamente donde los de Horacio y de Vir-

gilio, con las máximas y apotegmas de la filosofía antigua; el *Coloséum* contempla atónito su arena cubierta de sangre con la abundantísima de nuestros mártires; y las legiones ibéricas, peleando con los enemigos de Roma en las comarcas más apartadas, logran revestir con la púrpura imperial á compatriotas suyos para quienes el mundo conocido parece palenque estrecho, según lo recorren victoriosos, y las ciencias y la fe estímulo agudísimo para derramar en él la semilla de la civilización ó la más vivificadora aún y santa de la moral cristiana.

Lucha generosa, señores Académicos, en que nuestros antepasados, por ese afán de distinguirse, así con muestras de un valor que llegaron á hacer proverbial entre sus tiranos, como con las del ingenio que les procuraban concesiones desconocidas en la administración de otras provincias, eran los primeros en escalar el trono de los Césares y los primeros en asimilarse las leyes, las costumbres y la lengua rica y armoniosa del Lácio. La obra hubiera sido completa si, llegando á empaparse en el espíritu de aquella disciplina, así marcial como política, que por tantas centurias valió á Roma el imperio del mundo, hubiesen con ella alcanzado, al derrumbarse el coloso, la unidad salvadora que tantas otras retardaron nuestras constantes discordias.

HE DICHO.

# ILUSTRACIONES

---

## ADVERTENCIA

QUE DEBE TENERSE PRESENTE EN LA LECTURA

DE LOS

DISCURSOS Y NOTICIAS

The first part of the book is devoted to a general history of the United States from its discovery by Columbus in 1492 to the present time. It covers the early years of settlement, the struggle for independence, the formation of the Constitution, and the development of the Union as a nation.

The second part of the book is devoted to a detailed history of the United States from the beginning of the American Revolution in 1776 to the present time. It covers the war of independence, the early years of the Republic, the expansion of the Union, the Civil War, and the Reconstruction period.

En los años de 1844 y 1845, mientras seguia, de órden del Gobierno español, las operaciones del ejército francés en Argelia, recorriendo además todo su territorio desde la costa al Pequeño-Desierto, despertóse en mí la afición al estudio de las antigüedades romanas. Allí tuve ocasion de examinar las ruinas de varias ciudades que resaltan doblemente en las vastas extensiones donde no se eleva un solo edificio, al mismo tiempo que leia los textos de historiadores ó geógrafos que las citaban. Sorprendióme, sobre todo, el acierto en la eleccion de las posiciones para dominar el país, confirmado al ver alzarse, casi siempre, sobre sus restos las nuevas ciudades y fortificaciones de sus dominadores actuales. Tambien visité entónces las ruinas de la gran **CARTHAGO** y otras célebres de la Regencia de Túnez, examinando minuciosamente el grandioso acueducto que abastecia la primera, el cual seguí paso á paso desde su origen en *Zauan*.

Al regresar á España, y despues de haber presentado los datos recogidos en aquella expedicion, me dediqué casi exclusivamente á las tareas que exigia la publicacion del Atlas de España y de sus posesiones de Ultramar, cuyos trabajos habia emprendido ántes de mi marcha. Por el pronto, descuidé el estudio de la antigua Geografía de nuestro territorio, porque mis fuerzas apenas alcanzaban á dirigir los reconocimientos que hacian á la

vez ocho comisionados especiales en todas las provincias, á organizar los mapas y planos particulares, dibujados por mí mismo en su mayor parte, y á cuidar de lo material de la publicacion, que se grababa y estampaba en talleres montados con ese fin.

En 1860, de vencida ya los principales trabajos de mi obra, volvió á ocuparme el estudio de la Geografía romana de España para trazar el mapa que debía acompañar á una de las hojas del Atlas. Bien pronto noté con sentimiento que sucedia, respecto de la Geografía antigua de nuestro país, lo que observé ántes en la moderna: que muchos se habian ocupado de ella, pero que, faltos de los datos topográficos indispensables y que representáran con alguna fidelidad el territorio, no pudieron llegar en la explicacion de los textos, como tampoco llegaron los otros en sus descripciones, á interpretar fielmente lo que aquellos retrataban.

Entónces tuve ocasion de enterarme de las últimas publicaciones sobre este asunto, y tambien la suerte de conocer personalmente al Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra, al que me dirigí como á la persona que mejor podia guiarme en mi nuevo trabajo. No me faltaron ni su consejo ni su auxilio, sirviéndome desde luégo para comprender que yo sabía muy poco, á pesar de lo mucho que habia ya leído; y por lo mismo redoblé el trabajo para aprender una parte, al ménos, de lo que necesitaba, si habia de llevar á cabo mi designio.

Me fijé con particular interés en el estudio del Itinerario de Antonino, calculando que debia ser la base principal para situar las muchas poblaciones citadas en las vías que detalla y, sobre todo, cuando me era fácil utilizar los numerosos datos y el conocimiento que tenia del territorio. Bien pronto tuve ocasion de observar que, además de los caminos citados por Antonino, de los designados por otros geógrafos antiguos, y de los que marca claramente la obra del anónimo de Ravena, existian otros muchos que habian mencionado diversos autores, y especialmente Cornide, en la parte publicada de sus trabajos. En

mis mapas y planos y en los reconocimientos de mis comisionados, que habian recorrido ya la mayor parte de España, hallé nuevos datos sobre este mismo asunto, y así pude hacer un análisis más detenido de las antiguas comunicaciones.

Al ejecutarlo, llamó mi atención el excelente trazado de casi todos aquellos caminos, censurados en general por sus rodeos supuestos, pero en realidad desconocidos por los antiguos intérpretores del Itinerario, y noté especialmente el tino que habian demostrado los romanos para elegir los puntos más ventajosos al cruzar nuestras multiplicadas cordilleras. En aquella época se agitaba mucho la cuestión de los ferro-carriles, de que yo me habia ocupado también con grande interés, y viendo la coincidencia de la mayor parte de los proyectos de vías férreas con las calzadas romanas, empecé á organizar algunos apuntes sobre una comparacion entre ambos géneros de comunicaciones, con ánimo de publicarlos.

Mis incesantes tareas en el Atlas, unidas entónces á las que me daba un cargo oficial, que exigia trabajo asiduo, me hicieron dejar sin concluir estos apuntes y limitarme á formar un pequeño mapa de la España romana, consignando en él todas las comunicaciones de que tenia noticia. Cuando lo terminaba, tuvo lugar el nombramiento del Sr. D. Eduardo Saavedra para miembro de la Academia de la Historia, y en su discurso de ingreso y en la contestacion por el Sr. Fernández-Guerra, ví que mis ideas sobre el Itinerario de Antonino y comunicaciones romanas fueron sustentadas igualmente por estos doctos señores que no tenian noticia alguna de mi trabajo. En la mayor parte de los puntos coincidian mis interpretaciones del Itinerario con las suyas; en algunos modifiqué mis soluciones, y si no lo hice en otros varios, fué por tener á la vista datos geográficos inéditos que estos señores no habian podido consultar. Casi todas las diferencias eran cuestión de pormenores, y sólo en pocos trazados disentia completamente de las bases expuestas en tan notable trabajo.

Corregí entónces el dibujo, que ya estaba grabado en su con-

torno, pero retrasé ponerle la letra, esperando la terminacion de algunos trabajos urgentes, para dedicarme á ampliar mis estudios, y completar, ó más bien revisar, la parte referente á la reduccion de antiguas poblaciones, en lo cual hallaba notabilísimas divergencias en todos los autores que había consultado, áun en aquellos que gozan de más merecido crédito; no convenciéndome las razones, ó más bien los sistemas, en que cada cual se apoyaba para sostener sus ideas. Este mapa quedó así paralizado, sin concluir, y áun lo está hoy dia, retrasando él solo la publicacion de una hoja general de mi Atlas, de la que formaba parte.

Al ser distinguido en 20 de Febrero de este año con la inmerecida é inesperada honra de mi eleccion como individuo de la Academia de la Historia, recordé y desenterré los antiguos apuntes sobre comunicaciones romanas y, á pesar de la conviccion de que habia falta de novedad en el asunto y, sin duda, sobra de atrevimiento en elegirlo despues de haberlo tratado, al ménos en parte, personas mucho más ilustradas y competentes, creí que era lo ménos malo que podía ofrecer, porque contaba con algunos conocimientos y datos especiales en la materia, y así formulé desde luégo el plan de mi discurso, que sometí á personas muy inteligentes, las cuales, acaso por exceso de buena amistad hácia mí, no hallaron en el tema los peligros ó la inconveniencia que yo sospechaba.

Aunque pensado desde un principio y escrito en su mayor parte este trabajo, que terminé en fines de Junio, quise consultar con más detencion algunas obras ántes examinadas y las publicaciones más recientes, explotando tambien la riquísima mina de los Manuscritos de la Academia y no pocos de la Biblioteca Nacional. Abandonando todas mis otras ocupaciones, me he dedicado constantemente á esta investigacion desde primeros de Abril hasta fines de Noviembre, en que he presentado el Discurso, y no poco tendré que revolver y estudiar todavía. Hice una nueva revision de todos mis datos geográficos, muchos de ellos archivados desde que publiqué las hojas de las res-

pectivas provincias, fijándome ahora muy especialmente en todos aquellos relativos á caminos, despoblados y fortalezas antiguas que no habia podido distinguir en los mapas, pero que me servian ahora para aclarar y demostrar mis ideas.

Temeroso de que faltando á éstas el apoyo de una opinion autorizada se rechazáran ó acogieran con gran desconfianza aquellas en que difiero de las generalmente admitidas hasta hoy, me propuse acompañar el Discurso de notas, citando autores y datos, especialmente para demostrar los nuevos trazados de que en él me ocupaba; pero como esto, segun los materiales reunidos, habria sido siempre largo y además incompleto si no trataba de las otras comunicaciones, íntimamente enlazadas con las descritas, creí que valía más presentar una noticia general de los antecedentes que existen sobre todas ellas, es decir, de aquellos de que yo tengo conocimiento. Ensanchado así mi plan, comprendí tambien que tal trabajo no podia incluirse como aclaraciones del Discurso, y que debia formar una publicacion separada sirviendo aquél de prólogo ó introduccion.

Tal es la historia y el objeto de esta obra que si alguna utilidad presenta es la de economizar investigaciones, que yo he practicado, y dar noticia de varios datos de mi exclusiva pertenencia. Como en ella se citan todos los autores ó documentos en que fundo mis apreciaciones, razonándolas tambien cuando no están apoyadas por mejores autoridades, nada más debo advertir sobre su fondo y me limitaré á exponer las razones que me han guiado para adoptar el plan de la publicacion, y á hacer algunas advertencias sobre su parte material.

No me pareció natural seguir aquí el mismo sistema del Discurso analizando aislada y separadamente las comunicaciones del Itinerario de Antonino y otros textos, porque así es imposible formar idea del conjunto y hay que repetir muchas veces lo manifestado ántes, pasando de continuo de unos territorios á otros, produciéndose confusion que acaso se descubre demasiado en dicho escrito. Pensé que, tal vez, lo mejor era descri-

bir todos los caminos por regiones ó zonas, limitándolas por las vías del Itinerario, que son las indudables y, en general, más conocidas; pero esto ofrecia tambien el inconveniente de obligar á que buscasse sus datos en diferentes parajes el que sólo se propusiera estudiar las comunicaciones de una parte determinada del país. Como, á pesar de lo defectuoso de nuestra division territorial, las necesidades administrativas y la costumbre obligan á muchos á concretar la investigacion á una de sus secciones, y esto sucede principalmente á multitud de personas que acaso puedan utilizar estas noticias, me he decidido al fin á organizarlas por provincias y siguiendo su orden alfabético. Lo mismo se ha hecho para estudios geológicos y para otros de distintos géneros, aunque en ellos resultan más en desacuerdo sus límites con los que encierran las regiones á que debian extenderse. Pero, en cambio, se facilita así el exámen por las personas ilustradas residentes en las mismas provincias, que tienen por lo general conocimiento detallado de su territorio y poseen sus mapas especiales, pudiendo seguir, á la vista de ellos, toda clase de estudios y, en el caso presente, las descripciones de las diversas vías. Mi deseo principal es que sirvan estos apuntes para nuevos trabajos; para hacer observaciones que comprueben algunas noticias ó que las corrijan, y que así pueda llegarse al conocimiento completo de las antiguas comunicaciones en nuestro país. Agradeceré, sobre todo, que tengan á bien remitirme sus observaciones los que lean esta obra y los que de ella se ocupen, ya privadamente, ya en artículos ó publicaciones especiales: encarecidamente les suplico que no dejen de comunicarme sus ideas, y más todavía en el caso en que no estén de acuerdo con las mías, porque deseo rectificarlas y completarlas con las de personas más competentes que emprendan análogos estudios.

En cada provincia se describen las vías citadas por Antonino, el Ravenate ú otros autores así como las demás antiguas que la cruzan, haciendo sólo la indispensable mencion de los trozos contíguos en las limítrofes. En aquellos caminos que son com-

pletamente conocidos por trabajos especiales, ya publicados, ya inéditos, aunque no era necesario dar las razones de su trazado, se describe, sin embargo, ligeramente, citando los datos que ántes se conocían acerca del mismo y detallando los nombres y circunstancias que podían descubrirlo, para que se vea así la fe que puede darse á tales indicios en otras comunicaciones más dudosas.

A cada sección de camino se pone el nombre de todo él para que pueda buscarse en el resúmen general, que se organizará por el órden geográfico de regiones ó zonas, y en los índices alfabéticos. Dicho resúmen se extiende á todas las vías antiguas de España y Portugal y expresa sus respectivas longitudes comparando siempre las que especifican algunos textos con la que tienen en realidad. Se nombrarán las provincias que cruza cada camino, citando las páginas en que se describen sus varios trozos. Todas las vías irán marcadas en un mapa de la Península que acompañará á la publicación, y en que se distingan con signos especiales las conocidas por diferentes datos, así como las secciones seguras y las más ó ménos dudosas en sus trazados.

Además de citar en cada provincia todas las poblaciones antiguas, servidas por los diferentes caminos, se habla ligeramente de los nombrados por los historiadores y geógrafos y que debieron existir en sus respectivos territorios, expresando su correspondencia con las modernas, ya sea conocida por datos seguros, ya por otros más ó ménos dudosos; y dando las razones que me hacen disentir, en muchos casos, de las ideas más admitidas. Se hace mención de todos los pueblos ó sitios donde hay noticias de inscripciones ó simplemente de ruinas romanas y antiguas, utilizando para este fin las publicaciones de Hübner y de Cean Bermúdez, en las que aparecen reunidos los datos dispersos en otros muchos libros ó manuscritos; no siendo necesario acudir á las fuentes originales sino en los casos en que pueden facilitar la consulta. Además se indican las lápidas ó restos que no constan en las mencionadas obras.

Los nombres de las poblaciones antiguas ó romanas van escri-

tos con letras capitales ó mayúsculas gruesas, sin perfiles y anchas, cuando es indudable su ortografía ó conocida fijamente por inscripciones ó documentos dignos de entera fe, como en **CLVNIA**, por ejemplo: con letra de la misma clase, pero más estrecha, como en **TITVLIA**, cuando son poco dudosos y aparecen en los textos de acreditados geógrafos é historiadores, y con mayúsculas delgadas y con perfiles, como en **DIÓNIO**, cuando se citan los muy dudosos ó conocidamente adulterados que constan en algunos escritos. Se ha usado la letra bastardilla para aquellos nombres ó detalles sobre los que conviene llamar la atención, y siempre para designar los de pueblos ó localidades que pueden ser indicadores de caminos, evitando así repetir á cada paso esta advertencia.

Todos los nombres geográficos, ya antiguos, ya modernos, se han acentuado de modo que no quede la menor duda en su pronunciación, áun cuando para ello sea forzoso prescindir de algunas reglas admitidas. También se han colocado acentos en los nombres portugueses que no los llevan, y en los latinos porque, en muchos casos, hubiera sido sin ellos muy dudosa su lectura.

Después del resúmen, se pondrán índices alfabéticos de las poblaciones antiguas y romanas, que servirán también para buscar los diferentes trozos de caminos, y otro de los autores consultados que, las más veces, se citan en el texto encerrando sus nombres en un paréntesis para abreviar; con igual objeto, se pone en él solamente lo más esencial del título de las obras y expresando con las iniciales MS. toda clase de manuscritos. En la mayor parte de los casos, cuando se alude en las descripciones á datos cuya procedencia no se especifica, es porque están consignados en los documentos, especialmente de carácter gráfico, que son de mi propiedad.

Con estas explicaciones creo haber manifestado lo necesario para que puedan consultarse fácilmente las siguientes *Noticias* en la parte que se desee.



1871

PROVINCE DE ALABAMA

STATE OF ALABAMA

PROVINCE DE ALABAMA

STATE OF ALABAMA

PROVINCE DE ALABAMA

STATE OF ALABAMA

## PROVINCIA DE ÁLAVA.

---

**Itinerario de Antonino.** — De HISPANIA á AQUITANIA. — De ASTÚRICA á BURDIGALA. Sección de VIROVESCA á SÝMMVM-PYRENÆVM. **Parte del Ebro á Navarra.** Este camino es completamente indudable, sobre todo en la porción comprendida en Álava: hay vestigios casi contínuos de su trayecto, y de él dieron noticias varios escritores, recopiladas en su mayoría en el Diccionario de Navarra y Vascongádas, publicado por la Academia de la Historia, del que he tomado mucho para estos apuntes, organizando sus dispersos datos. Además coinciden perfectamente las distancias entre Briviesca y Pamplona, que son puntos seguros de la vía. La mansión **DEOBRIGA**, primera en la provincia, corresponde á *Puentelarrá* ó de *la Rad*, nombre que ya indica el cruzamiento del Ebro, como lo indica también el vocablo *briga*, sinónimo de *puente* en antiguos idiomas (Fernández-Guerra, El Libro de Santofía). Al *Puente-Larrá*, llamado *Larrt* en 1299, y que tuvo castillo en la orilla derecha del río, llegan exactamente las medidas desde Briviesca. Los restos de la calzada se descubren á trozos hácia Fontecha, que figura ya en 1095, y cerca de Leciana del *Camino*, donde hay uno de 5.000 piés (1.393 metros), que se conserva como nuevo: otros se ven por bajo de Salcedo, donde hubo antiguo monasterio (España Sagrada, t. xxxiii), y quedan lápidas romanas, y también de Comunion, siguiendo por el Campo de *Andaba*, al frente de Miranda de Ebro, y siempre próximo á la margen izquierda de este río, cruzando luego el Báyas para acercarse á la

NÚMERO I.  
Briviesca  
al  
Pirinéo.

aldeas de igual nombre, y llegar al Zadorra, entre la de *Arce* y Lacorzana. Alguna parte se utilizó, sin más que cubrir y arreglar el firme, para la nueva carretera que lleva el mismo trazado: su ancho era de 24 piés (6'7 metros), el más comun en estas vías. En la ermita de Cabriana, al Sur de Comunion, inmediata al Ebro y tambien á la calzada, quedan ruinas de edificios y termas, mosaicos, lápidas y además una miliaria (Hübner, *Inscriptiones Hispaniae*). Otra se halló en una presa del Ebro (Diccionario de la Academia), cerca de *Arce*, y en este punto se descubren numerosos restos de un campamento romano, del cual tomó acaso el nombre, recuerdo de *Arx*. Tambien existió aquí el antiguo monasterio de Santa María de Arce-Mirapérez, y otro en 1070, en el inmediato Ribabellosa (Llorente, Noticias de las Vascongadas). El último pueblo y los contiguos de Ribaguda, Quintanavilla y Villavizana, que han variado poco en sus nombres actuales, figuran en el fuero de Miranda de 1095. En Villavezana hay un despoblado llamado *El Castro*. El lugar de Lecifiana parece derivar su denominacion del latino *Liciniana*, y corresponden al mismo idioma los de Báyas ó Báias é Írcio ó Hircio, situado el último en la opuesta orilla del Ebro, casi enfrente de la desembocadura del Zadorra.

Después de cruzado el rio que acabo de nombrar, se hallan nuevos vestigios de la vía en Lacorzanilla y frente á Berantevilla, poblacion que se encuentra á la margen del rio Ayuda, y que conserva en sus alrededores restos de murallas y antigua torre. Tambien hay ruinas en Estavillo, que suena desde 871, y cerca de él se ven algunos trozos de la calzada. En esta poblacion, que tuvo hospital de pasajeros, convienen exactamente las 15 millas que separan á DEOBRIGA de BELÉIA, y debe situarse aquí, mejor que en Iruña, adonde lo llevan los más y el mismo Diccionario de la Academia, por haber supuesto que la mansion anterior se hallaba frente á Miranda ó en las cercanías de *Arce*, y no en *Puentelarrá*. Saavedra (Apéndices al Discurso), colocó ya ambos puntos en su posicion verdadera. Seguramente BELÉIA es la VELIA de Ptolomeo, que ocupa análoga situacion en la region de los CARISTI ó Carístos.

Después de Estavillo siguen patentes los restos del camino que salvaba con arte la cuesta inmediata, continuando recto hácia Burgueta, ya en el Condado de Treviño, perteneciente á la provincia de Búrgos y su partido de Miranda de Ebro, aunque enclavado en la de Álava, ofreciéndose aquí uno de los mayores defectos de nuestra division territorial. No léjos de Burgueta están los lugares de Pángua y San Estéban, y en su intermedio, en la ermita de San Ginés, perteneciente al segundo, se hallaron algunas lápidas romanas. Los vestigios de la calzada se descubren por el Oriente de la Puebla de

Arganzon, cuyo fuero data de 1191, y en la subida á las inmediaciones del castillo de igual nombre, para buscar de nuevo las orillas del Zadorra, bajando hácia la antigua venta de la Melchora. Este camino se ha usado como real de herradura y ruedas, hasta que se estableció el inmediato al rio por las Cónchas de Arganzon, ó sea en la cortadura de la misma cordillera donde se eleva el castillo, y por la que se abrió paso el Zadorra. En su cresta concluye el Condado de Treviño, llamado ántes Uda (Landázuri, Treviño ilustrado MS.), acaso por el nombre del rio Iuda ó Iuda, que es el Ayuda. Al lado de la fortaleza y encima de la venta citada, existe el despoblado de Gavalla, al cual reduce Floránes (Papeles varios de Álava MS.), la *QEBALA* de Ptolomeo, opinion que podria parecer doblemente fundada, por hallarse así esta poblacion sobre una de las vías romanas, sino se supiera que otras razones la apartan de este sitio. Más á Levante, en la misma sierra, se encuentra el Castillo de Zaldiaran, que ántes se llamó Celdiaran y Aizórroz, conservándose todavía el último nombre en Pizo-Zórroz, que significa pico agudo, y se halla á su pié. Ambos castillos figuran mucho desde el siglo VIII; á su lado establecieron más de una vez sus reales los ejércitos en nuestras contiendas, y entre otros pueden citarse los de Don Enrique, que descendieron de allí para combatir los auxiliares de su hermano Don Pedro, cerca de Arfíez, donde está la colina llamada Inglés-mendi, como recuerdo de su derrota.

A la caída Norte de la cordillera debería hallarse la mansion siguiente del Itinerario, si se adoptára la distancia de 7 millas que la separa de *BELÉIA* uno de los códices; pero los más indican la de 13 millas á *SVESSATIO*, y esta distancia llega perfectamente al lugar de Zuázo, donde hay ruinas romanas con antiguo palacio y torre, y en cuyo nombre, que en algunos documentos se escribe Suázo, parece conservarse alguna asonancia del antiguo; debe advertirse que hay varios pueblos de igual denominacion en esta zona. Desde la venta de la Melchora son escasos los vestigios de la calzada por el lado septentrional, pero es indudable que debió seguir próximo á la orilla del Zadorra, en que hay alguno, y más adelante tocando á Subijana de Álava, ántes Subillana, y á la ermita de San Juan de Jándiz, colocada en alto, torciendo luégo al Este para acercarse á Zuázo, donde ya se descubren sus restos. Generalmente se ha supuesto que marchaba en derechura al despoblado de Iruña, en el que, segun dijimos, sitúan los más á *BELÉIA*. Dicho despoblado figura, desde antiguo, como poblacion importante, y se llamó *Iránya*, voz vascongada que vale tanto como villa-buena, siendo su construccion evidentemente romana; en diferentes épocas se hallaron allí estátuas y lápidas, conservándose las ruinas de sus murallas, que ocupan 527 metros de Este á

Oeste, y 351 de Norte á Sur, en una altura aislada, á unos 56 metros sobre el Zadorra, que la ciñe por tres lados, constituyendo una posicion sumamente fuerte y que reunia todas las condiciones que buscaban los romanos para establecer sus plazas de armas. Cerca de su salida al Este se encuentran tambien lápidas en la ermita de Doncia y hasta el Sur de Margarita, que las tiene igualmente, se descubren ya los restos de calzada, que sigue recta por entre sus heredades y las de Lermenda, hácia Zuázo y la ermita de San Pedro, continuando á la vista los vestigios hácia Arméntia. Inmediato por el Norte á los primeros pueblos, está el de Crispijana, donde hay un sitio llamado *La-Rueda*.

Es probable que una parte de esta calzada sea independiente de la que ahora se describe, la cual debia torcer frente á Margarita y Lermenda sin tocar en Iruña, que serviria un ramal aislado, como acostumbraban á hacer los romanos con sus principales fortalezas; ó más bien perteneció á otra vía que pasaba por ella, viniendo de la orilla opuesta del Zadorra. Sobre él hay tres puentes que se creen romanos: por lo ménos lo eran dos de ellos, que sirvieron para otros caminos. El pueblo nombrado *Trespuentes*, que ántes se llamó *Transponte*, recuerda de un modo notable esta circunstancia, que confirma la importancia de la antigua poblacion. Con sus ruinas, y áun se supone que con grandes tesoros encontrados allí, se edificó en 1407 el monasterio de Santa Catalina de Badaya, en paraje donde existia antigua torre, á la derecha del Zadorra.

El Sr. Saavedra sitúa á *SVESATIO* en Iruña, pero aquí resulta muy cerca para las 13 millas que la separan de *BELÉIA*, y así no coinciden tampoco las distancias siguientes hasta Pamplona. Otros suponen que dicha mansion debe reducirse á Arméntia, que está milla y media más al Este de Zuázo, lo que no sería difícil explicar por las que hay á *BELÉIA*, suponiendo que el camino, desde el castillo de la Puebla y venta de la Melchora, marchaba más rectamente hácia dicho punto, al lado de la actual carretera por Arñiez y Gomecha. Más difícil sería la combinacion con los intervalos á las mansiones siguientes, aunque en mayores longitudes, y no conociendo todas las inflexiones del trazado, es casi imposible contar con seguridad una ó dos millas más ó ménos, y no debe olvidarse tampoco que el Itinerario sólo señala millas completas. Desde luego debo advertir que todas las distancias entre Briviesca y Pamplona que he visto coinciden, midiéndolas con detencion en planos exactos y en grande escala, principalmente en los varios que tengo de estudios del ferro-carril y reconocimientos posteriores á su construccion, es suponiendo alineaciones rectas entre los puntos conocidos ó probables del paso de la vía romana, pero prescindiendo de los pequeños recodos que

forzosamente habia de ofrecer en varios parajes, en lo cual veo una de las pruebas de que las millas empleadas para medir nuestros caminos eran mayores de los 1.500 metros, segun indiqué en el Discurso.

De todos modos, Arméntia, cuyo nombre es antiguo, debió ser poblacion existente en tiempo de los romanos; hay en ella ruinas y lápidas, y fué notable por haber albergado la Sede episcopal de Calahorra, desde el siglo VIII hasta que la última ciudad fué recobrada de los sarracenos.

Desde **SVESSATIO**, que otros códices llaman **SVISSATIO**, y seguramente será la misma **SVESTASIVM** que Ptolomeo coloca tambien en los Carístos, y no muy separada de su situacion respecto á **DEOBRIGA** y **VELIA**, aunque ménos en relacion con **TVLONIVM** y **ALBA**, siguen los vestigios de calzada por Arméntia, como ya he dicho, y se ven otros al Sur de Vitória, por bajo de Arechavaleta y prado del Campo Santo, en la ermita de San Cristóbal, por medio de Arcaya, donde hay tambien restos romanos y hácia Ascarza. Cerca de este pueblo, algo al Este, llegan las 7 millas que separan á **TVLLONIO** de **SVESSATIO**, y así parece debé colocarse aquí, mejor que en Alegría de Álava, donde se supone más generalmente; tal vez se halló en el despoblado de San Roman, que con el de Sarricohurri, en los mismos parajes, figuraba en el siglo XI. Podria ponerse más cerca de Alegría si **SVISSATIO** coincidiera con Arméntia, pero nunca llegaria á él, alcanzando á lo sumo á la ermita de Estibáriz, entre Argandoña y El-Burgo, resultando luego cortas las distancias al Este. En cambio deberia colocarse al Occidente de Ascarza, y entre él y Arcaya, si en vez de 7 millas se contáran las 6 que, entre las dos mansiones, marca uno de los códices.

Poco distante de los últimos pueblos se halla la ermita de Petriquiz, resto de la poblacion de Betriquiz, en un alto que pudo guarnecerse para defensa del camino. Probable es que tambien lo estuviese, con igual objeto, el que ocupa la parte vieja de la ciudad de Vitória donde habia fortificaciones en 1181 época de su fuero, que la distingue con el nombre de Victória la Nueva: ántes se llamó Gaztéiz, que tuvo antigua parroquia ó monasterio, y por esta causa suponen los más que no pudo ser la que fundó Leovigildo en el año de 580, llamándola Victoriaco ó Vitoriaco, que reducen á Vitoriano, tambien en Álava, pero algo distante al Noroeste de su capital. Otros creen que pudo olvidarse ó transformarse el primitivo nombre, y Dormer (Discursos varios de Historia) asegura que el Victoriaco es errata y que, en los primitivos documentos, se escribió Victória. La ciudad vieja domina la extensa llanada que la circunda donde segun Navagério (*Viaggio in Spagna* 1525), se contaban 366 pueblos, tantos, dice, como dias tiene el año. Muy próximo al Norte se halla el famoso campo de las Juntas de

Arriága. A esta capital han querido reducir, no sólo las poblaciones contiguas de VELLÁ, TVLLÓNIO y TVLLICA sino también las de VADÍNIA, CAMÁRICA y BISCÁRGIS situadas en regiones tan diferentes, y hasta la de BIZANCIO que no se conoce en nuestro país. Algunos deducen su nombre actual del vascongado *Bitoría* que significa cosa sobresaliente. En ella se fundaron algunos conventos, desde principios del siglo XIII, y tiene colegiata y vicaría, las cuales se han establecido siempre en puntos importantes y de fáciles comunicaciones.

También se descubren restos de la vía romana, después de Ascarza, cerca de Argandoña y del antiguo pueblo de Orcitia; entre Gáceta y El-Burgo llamado antes Burgitello, y por Chinchetru y Gacéo siguen al Norte de Salvatierra hacia su ermita de la Magdalena. En este trozo se halla, en un alto aislado, la ya nombrada de Estibáriz, que era monasterio en 1074, perteneciente á la antigua *Villafranca* de Estibáriz, ó Estibáliz, la cual figura, en principios del siglo XII, como población considerable. Algo más al Sur se encuentra la actual *Villafranca*, acaso trasladada de su primitiva situación, y ambos nombres, que recuerdan sin duda franquicias concedidas á sus pobladores, son frecuentes en el trayecto de los caminos romanos, los más transitados desde época remota. Al Este de Alegría, villa en que subsisten mosaicos y hay torre ó casa fuerte notable se halla, también en alto, el despoblado del castillo de Henayo, con varios restos romanos y una lápida en que se lee el nombre TVLLÓNIO, por lo que muchos han puesto aquí la mansión del Itinerario de igual nombre, creyendo otros que lo recuerda asimismo el apellido de Dulanci, que llevaba antes Alegría, aunque la asonancia es bastante forzada. De todos modos el nombre de Castillo de Henayo es seguro indicio de alguna fortaleza que custodiase la vía que marcha á su pie.

En Salvatierra coinciden exactamente las 12 millas que cuenta el Itinerario entre ALBA y TVLLÓNIO, que debe ser la TVLÓNIVM de Ptolomeo y mejor escrita TVLLÓNIVS según la lápida citada; también coinciden las distancias que restan hacia Pamplona. Así no cabe vacilación en situar aquí ALBA y aún podría decirse que quedaba algún vestigio en el nombre actual si no se supiera que antes se llamó Haguráhia. Tiene antiguas murallas, con restos y lápidas romanas, y su posición en altura aislada, que domina los llanos inmediatos y la canal que sigue la calzada entre las sierras de Andía y de Aralar es muy conforme á las que elegían los romanos para sus poblaciones. A su alrededor se encuentran varios despoblados que demuestran la importancia de la primitiva población, entre ellos los de *Albizu* y Paternina que recuerdan, así como el pozo llamado de Lucu, nombres antiguos. En 1060 existía aquí el monasterio de Huhulla (*España Sagrada*, tomo XXXIII, y Llorente):



es también vicaría eclesiástica y su fuero data del mismo año. Ya he dicho que los vestigios del camino se apartan al Norte de la población, por la ermita de la Magdalena, circunstancia frecuente en las vías romanas, que rara vez cruzaban las posiciones defensivas.

Después de Salvatierra, hacia San Roman, se conservaban vestigios de calzada en 21.050 pies ó 5.865 metros (Prestamero, Camino romano por Álava. MS.), y en varios trozos de lo restante hasta el confin de Navarra: además se hallaron miliarias en San Roman y en la ermita de Nuestra Señora de Arzanegui, cerca de Ilarduya (Hübner y Diccionario de la Academia). La calzada seguía cerca, y por el Sur, de Mezquífa, Amézaga, Albéniz, Ilarduya, Eguino y Ciórdia, éste ya en Navarra, y por el Norte de Eguilaz y San Roman. En los pueblos citados de Albéniz, Eguilaz, Ilarduya y San Roman y en el de Araya, algo más separado, existen lápidas romanas y en los dos primeros además sepulcros antiguos. En el de Eguino, llamado antes Eguinóa, hay vestigios de fortaleza y la cueva nombrada de los Gentiles. También quedan lápidas en la ermita de San Miguel de Ocáriz y en Ibargúren próximos por el lado meridional y ya en la falda de los altos de Encía parte de la sierra de Andía citada antes. Tal abundancia de restos prueba la solidez de la dominación romana en esta zona. Las lápidas inmediatas á Albéniz y en su ermita de Andra-María, hacia San Roman, son más numerosas é importantes, parecidas á las que se encuentran, al Sur, en Gastiáin, del Valle de Lana en Navarra.

Generalmente se ha creído que **ALBA** debió hallarse en Albéniz y aquí corresponderían las distancias si todas vinieran corriéndose al Este desde **DEOBRIGA**, como también han supuesto, pero faltaría la coincidencia con las siguientes. El nombre de Albéniz lo deducen del vascongado *Alba-aiz* que equivale á *Alba-aves*; otros afirman que Albéniz quiere decir *de Alba*. De todos modos confirma la inmediación á la verdadera **ALBA** y sabido es que la denominación de las poblaciones romanas de importancia se extendía á los pagos y vicos situados en sus alrededores. También se cree por muchos que del nombre de **ALBA** se ha derivado el actual de Álava que lleva esta provincia. Otros lo deducen del monte Uraba; pero, según Bisso (Crónica de Álava), es más probable sea el mismo de *Araba*, como ellos lo pronuncian, y que significa llanura-baja.

La mansión siguiente de **ARACELI** á 21 millas de Alba, corresponde bien, por las distancias, á Arbizu donde ya la colocó Saavedra, poniendo **ALBA** en el despoblado de Albizu, que está al Sur de Salvatierra, bastante lejos de la vía y en paraje poco adecuado. Casi todos sitúan á **ARACELI** en Huarte-Aráquil, sin duda por la asonancia del segundo nombre, pero desde él re-

sulta corta la distancia á Pamplona y larga á las mansiones del Oeste, á no correrse todas como pretenden los más. Bueno es no olvidar que el nombre de Aráquil, cuya analogía buscaron, se extiende á todo el valle y río.

Segun puede observarse, el trazado de la calzada romana va casi siempre contiguo al actual ferro-carril del Norte, desde la confrontacion de Miranda de Ebro, separándose sólo por las diferentes condiciones de las dos clases de vías. Ya dije en mi Discurso que los restos del antiguo lago, que formó el Ebro en estos sitios, pudieron obligar á que se cruzára el río en *Puentelarrá* y no en Miranda como parecia más natural, viniendo de Briviesca y Pancorvo: por tal causa se desvia, en esta parte, de la línea más recta y del mismo ferro-carril. Hasta cerca de Iruña separa, casi siempre, el río Zadorra, la vía romana y la férrea: despues la primera va entre la segunda y la carretera. En Vitória corta esta última, que se inclina algo al Norte, y hasta Salvatierra marcha más inmediata que ella al ferro-carril: en lo que resta al límite de Navarra las tres comunicaciones ván casi tocándose y al final por la derecha del río Aráquil ó Burunda, que en su principio se llama Araya.

El Ravenate marca tambien la vía que acabo de describir, poniendo, despues de ALANTVNE, los nombres de ALBA, SEVSTÁTIO, HELÉGIA y SOB-  
BRICA: en los tres últimos, aunque conocidamente mal escritos, se descubren con facilidad los correspondientes del Itinerario, y el primero de ellos se aproxima tambien al SVESTÁSIVM de Ptolomeo.

